
LUX
LIBERTAS

Pequeña Vendimia

POR EL

Dr. Juvenal Anzola

Abogado

Individuo de Número de la Academia de Ciencias

Políticas y Sociales de Caracas



IMPRENTA BOLIVAR

CARACAS — 1926

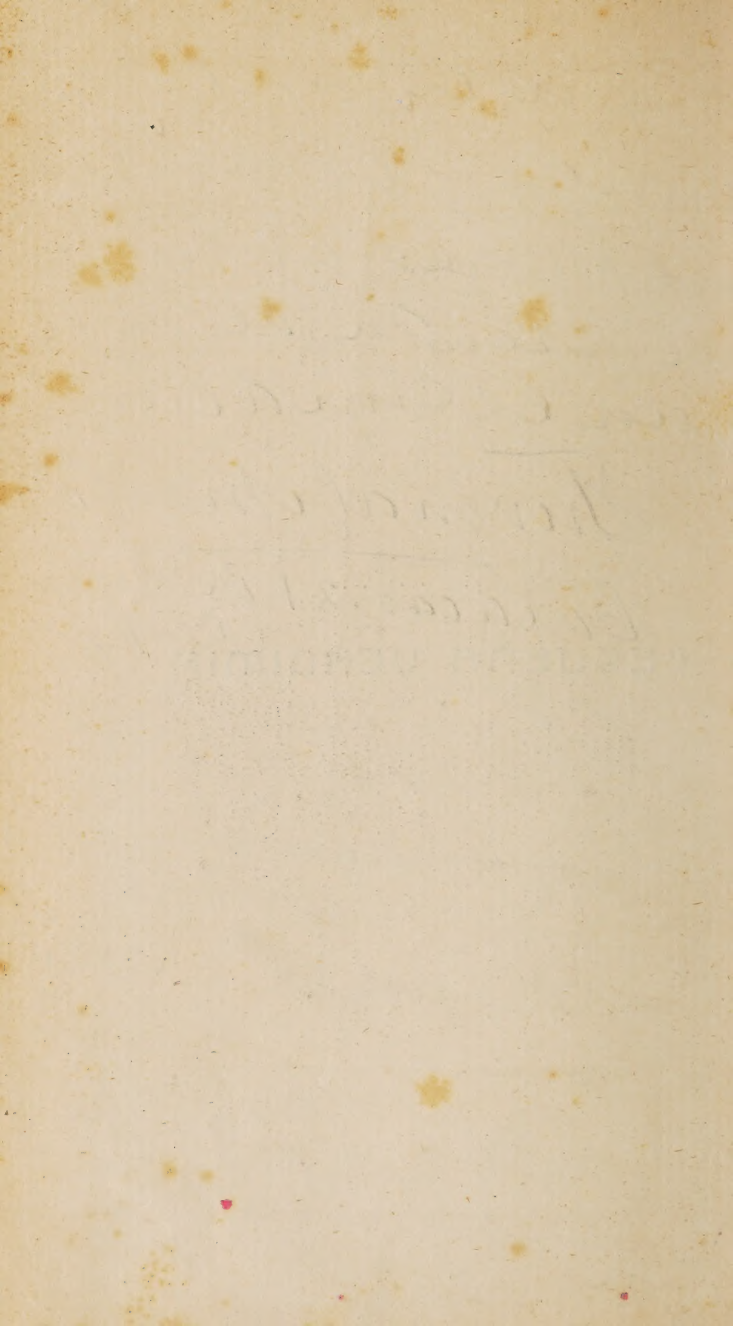


30 —

A mi estimado
amigo y coterrá-
neo Diego Narváez
en prenda de anti-
gua estimación
Juvenal Anzola
Caracas: 21 de enero
de 1926

PEQUEÑA VENDIMIA

Comprada en Caracas
hoy 2/1/940. Delgado





DOCTOR JUVENAL ANZOLA

Pequeña Vendimia

POR EL

Dr. Juvenal Anzola

Abogado

Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Caracas





IMPRENTA BOLIVAR
CARACAS - 1926

PEQUEÑA VENDIMIA

POR

JUVENAL ANZOLA

DOCTOR EN CIENCIAS POLITICAS DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Caracas.

Actual Vocal de la Corte Federal y de Casación.

Condecorado por ascenso con la Condecoración de la Orden del Libertador en la Segunda Clase.

Condecorado con la Medalla de Instrucción Pública, Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia.

Socio Honorario del Centro Jurídico de la Universidad de Antioquia.

Miembro Correspondiente de la Academia de Ciencias de Portugal.

Doctor en Ciencias Eclesiásticas.

CARGOS SERVIDOS

Gobernación del Distrito Federal.—Presidencia en su tercer período del Congreso de Diputados Plenipotenciarios de los Estados Unidos de Venezuela.

Miembro de varias Comisiones Revisoras de Códigos Nacionales. Diputado. Senador. Consultor ad-honorem del Ministerio de Relaciones Interiores. Secretario de la Gobernación del Distrito Federal. Rector del Colegio de Primera Categoría del extinguido Estado Guzmán Blanco. Delegado del Censo de 1890 en el Estado Carabobo. Director de Bellas Artes en el Ministerio de Instrucción Pública. Director de la Imprenta Nacional. Director de la Sección Administrativa del Ministerio de Relaciones Interiores. Director de Salinas en el Ministerio de Hacienda. Director de Estadística y Contabilidad en el Ministerio de Instrucción Pública. Dos veces Procurador General de la Nación. Presidente de la Corte Suprema del Estado Aragua. Presidente de la Corte Superior del Distrito Federal. Presidencia de la Legislatura del Estado Aragua. Rector del Colegio Nacional del mismo Estado.

Miembro del Concejo Municipal del Distrito Federal

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS:

Civilizadores Venezolanos (Agotada).
Abogados Venezolanos.
Estudios y Observaciones (Agotada).
Ciudades y *Paisajes* (Agotada).
Recreaciones de la Pluma (Agotada).
Por la Patria y el Hogar (Agotada).
De Caracas a San Cristóbal (Agotada).
Romería Intelectual (Agotada).
Escenas Tropicales.
Mi Virgencita.
Granos de Distintas Espigas.

PARA PRENSAS:

Recuerdos Ministeriales.
Discursos.
Apuntaciones Religiosas.
Informes.
De mis Ideas Parlamentarias.

EN PREPARACIÓN:

Venezuela Intima.
Perlas y Corales.
Apuntaciones Jurídicas.
Política y Administración.
Fases del Espíritu Nacional Venezolano.
Notas de un Viaje a Europa.

PROLOGO

Si cada vida humana hubiera evolucionado inspirada en el sentimiento del deber, la historia sería largo poema de felicidad. A medida que el hombre aleja de sí este sentimiento, menoscaba su fuerza moral y su propio decoro. La vida es despreciable miseria sin el estímulo del decoro personal.

El deber nos impone cuidar del valimiento moral: el deber es la bandera que flamea en las conciencias honradas y aviva en ellas los procederes correctos: el deber nos impulsa a ofrendar a la Patria esfuerzos, virtudes e ideas. Cada individuo debe dar tanto cuanto pueda, en la esfera de sus facultades, por más humildes que sean. La naturaleza con elocuencia sugestiva nos enseña la solidaridad que debe existir en el mundo social, en favor de la verdad y del bien. En las mesas de los campos, que son alegría del agricultor cuando contempla sus esfuerzos convertidos en riqueza y poesía, existen junto con los gérmenes que

han crecido y fructificado con robustez y fecundidad, otros débiles y pobres, pero que también han crecido y fructificado, formando todos la bendecida riqueza de la cosecha. En el dominio de la verdad y de la justicia todo aporte útil y bien intencionado, es cosecha de luz y de moral.

En varios libros he procurado generalizar más el conocimiento de mi País, de sus Héroes y de sus Apóstoles en la enseñanza, ciencia, letras y artes. He creído con mis libros cumplir un deber y me considero bien recompensado, si con ellos he proporcionado a mis coetáneos, siquiera por algún tiempo, conocimiento de cosas que les hayan sido útiles y agradables. Sea para ingenios preclaros la fama de la gloria revistiendo de inmortalidad y de encanto, la egregia labor de poesía y de belleza que legaron.

Basta vivir afiliado al sentimiento del deber para que el hombre se sienta fuerte y feliz, y sin temor ni vacilaciones, llene dignamente su misión, y pueda sin asomo de espanto en el corazón, conocer que la vida le abandona.

Para los acontecimientos del mundo exterior atenta observación, y para el comercio intelectual y material entre los hombres, tolerancia y la discreta precaución que nos recomendó Jesús.

El mismo derecho que tuvieron los panegiristas de los Emperadores Romanos, lo tuvieron Suetonio y Tácito para someterlos al juicio de la posteridad, demostrando sus errores y crueles pasiones. Dios entregó el mundo a todos los hombres, e hizo de cada cerebro un exponente soberano del pensamiento.

Conversando con un joven literato le dije: leo a menudo y con deleite a los Escritores Nacionales antiguos. El joven, mirándome con la firmeza de un convencido, me replicó: — "Cómo es posible que usted pierda su tiempo rastreando pequeñeces en el pasado, cuando ahora hay pensadores que han dicho peregrinamente, lo que nuestros viejos escritores no alcanzaron a concebir y comprender: lea a Henri Bordeaux, a Anatole France, Lugones y a tantos otros que el público aclama". Le agradecí el consejo e interiormente razonaba así: "si prescindimos de la generación que oyó a nuestros Héroes enarrar sus proezas, que presenció los albores de la República, que trabajó con éxito, algunas veces maravilloso, y llegó con la acción de sus esfuerzos patrióticos e inteligentes, casi hasta nuestros días ¿con quiénes nos quedamos y qué nos queda? Si el joven que se creía dueño exclusivo de la verdad y del saber, hubiera podido leer en mi interior, pro-

bablemente me habría dicho: "se quedan conmigo y con los que sigan mis ideas".

Fuí a visitar a un escritor, amante fervoroso de la poesía, y leía versos cuando llegué: después de corresponder a mi saludo, me agregó: "aquí estoy matando el tiempo con la lectura de unos versitos de Víctor y de Antonio." Me figuré que se trataba de poetas novicios que se iniciaban en el culto de la belleza. Qué equivocación la mía! Se trataba de Víctor Hugo y de José Antonio Calcaño. El primero, soberano de la gloria en los dominios del mundo, y el otro, dueño de la belleza y de las ternuras del alma. Viajaba, no hace mucho, de Milán a Florencia y llevaba de compañero en el mismo vagón a un Profesor de una de las mejores Universidades de Suiza: hablaba el español y conocía la vida de las Repúblicas Suramericanas, algo más que superficialmente: elogió a Bolívar con marcada admiración, y me manifestó que el General Gómez había embellecido a Caracas, asegurado la paz pública y dotado al País de numerosas y buenas carreteras; y me agregó: "ustedes han tenido a la par de sus grandes Héroes, Poetas insignes, y en prueba de ello voy a recitarle "El Ciprés", de un Bardo venezolano". Terminada la recitación, me decía: "es posible mayor sentimiento, mayor ternura y mayor delicadeza para pintar

los afectos del alma." En mi viaje a Europa, cuando admirando las bellas campiñas de Italia oí el canto de un poeta excelso de mi Patria, que me honró con su cariño, recitado con entusiasmo por un extranjero notable, me sentí feliz y emoción gloriosa me llenó el alma de confianza y de fe.

Recientemente el ilustrado Doctor Celestino Farrera al dictar su conferencia inaugural en la clase de Derecho Civil, se quejaba de que algunos estudiantes se expresaban despectivamente de nuestros jurisconsultos Aníbal Dominici y Luis Sanojo. Dominici tuvo la majestad y prestancia de un filósofo griego: la luz del saber parecía que brillaba en su frente: su palabra era cautivadora y su nombre vivirá en nuestros anales como título de honor. Sanojo es incomparable, y por su labor merece y reclama la inmortalidad del bronce. Su propaganda intelectual durante el largo período de la Guerra Federal, fué la de un Patriota eminente.

Semprúm considera que "la literatura en Venezuela es un baile a oscuras, donde cada quien danza en camisa, y que el "representante de la cultura general ha venido a ser el periodista, tipo ignorante y audaz, armado de enciclopedias falaces". Es hermoso que cada cual piense de acuerdo con sus ideas: otro proceder sería vituperable. La diversidad de

opiniones y el choque inofensivo de las ideas contrarias en la palestra intelectual, constituye la dinámica del pensamiento que va embelleciendo y agrandando la vida.

Amemos la Patria: que cada cual le lleve su contingente: seamos tolerantes acatando el derecho ajeno: sea alma de nuestra alma el sentimiento del deber, y recordemos con San Pablo, que "donde está la libertad allí está el espíritu de Dios".

Este modesto libro es una ofrenda más a mi Patria, a la cual he procurado ser útil, sirviéndola con decisión y honradez.

JUVENAL ANZOLA.

Caracas, 1926.

Doctor David Lobo

Respetuosamente a la señora Inés Pardo de Lobo.

DÍAS DE JUVENTUD.—REMINISCENCIAS UNIVERSITARIAS.—"SOCIEDAD DE AMIGOS DEL SABER" —CENTENARIO DEL LIBERTADOR.—EL CAMPO DE LA VIDA.—GLORIOSO COMBATIR.—NOBLE AMISTAD.—PRESENTIMIENTO ANTE EL CADÁVER DE NUESTRO EMINENTE COMPATRIOTA FRANCISCO JAVIER YANES.—FALLECIMIENTO DEL DOCTOR LOBO.—HOMENAJE A SU MEMORIA.

El general Juan Pezuela, Conde de Cheste, ya viejo cuando hizo el elogio fúnebre de don Ventura de la Vega, fallecido en avanzada edad, en uno de los párrafos más bellos y sentidos de su discurso, se expresó así: "El

más duro de los males de la vejez desapiadada es ver cómo se van borrando uno tras otro del libro de la vida los nombres de los seres amados con quienes hicimos las primeras alegres jornadas del viaje por el mundo, y encontrarnos poco a poco solos, hasta no tener más compañía que nuestros achaques, ni más halagos que nuestros melancólicos recuerdos." Tenía razón el ilustrado Conde para considerarse solo en medio del torbellino de la vida, pues los seres que veía le eran desconocidos, y no estaban ligados a él por lazos cariñosos: acaso el cadáver de su amigo que tan hondos y sentidos recuerdos le evocaba, le advertía su soledad infinita, la ausencia eterna del último de los seres amados con quien su juventud paseó por maravillosos dominios de ensueños encantadores. Olvidar por instantes la travesía de la vida y sentirse joven trayendo a la memoria los idilios del despertar con alma anhelante y fuerte a las primeras emociones, claras y vivas del corazón, es volar en dirección a un cielo perdido, donde el amor sólo tuvo paz y alegría, la esperanza espejismos hermosos y el amanecer de cada día, auroras de nuevas ilusiones.

Nuestros padres podrían decir ¡qué tiempos tan distantes a los de nuestra juventud!

La bella Caracas de hoy, hace cincuenta años era casi la misma ciudad sombría de la colonia, con días transcurridos en soledad y en silencio. Escasas y malas las vías de comunicación, y el telégrafo apenas iniciado, hacía que las pequeñas distancias surtieran el efecto de las muy largas. Pasaban hasta veinte y más días para que algunos estudiantes recibié ramos carta de nuestras respectivas familias, y al recibirlas, avivados los recuerdos con las propias tristezas que sentíamos crecer y con las que nos enarraban en las cartas, por la falta que hacíamos a nuestros seres queridos, el dolor del sentimiento nos embargaba. La Universidad era un refugio para calmar, en confidencias amistosas, nuestras penas evocando las dulzuras del hogar ausente. A la sombra de los claustros apacibles los estudiantes platicando los unos con los otros, nos creábamos un mundo nuevo, nos prometíamos alcanzar grandes triunfos y mutuamente nos curábamos la melancolía moral que nos afligía. El medio ambiente de la época nos hacía llegar a Caracas todavía niños: nos faltaba el dominio intelectual sobre nosotros mismos: nos mandaba el corazón y no había flores más olorosas y bellas que las recordadas del solar nativo. Reinaba aislamiento en la Repú-

blica porque viajar era empresa penosa y difícil, y este aislamiento contribuía a unir más a los estudiantes en el regazo de la Madre Augusta, donde acudíamos a buscar enseñanza y luz. El progreso cambió el medio ambiente: la civilización produjo maravillas: la soledad no existe y es permanente la unión: el pensamiento y la palabra son signos invisibles que por los adelantos científicos, constituyen comercio universal. Antes veinte largos días para calmar agonías de incertidumbre, para saber de la buena madre y de la hermanita querida: hoy con la rapidez del relámpago mutuamente se canjean las ideas y los corazones se alegran como si el contacto los uniera; y se marcha con la rapidez con que el águila surca el aire, o con mayor rapidez si por el aire se viaja.

No había propiamente hablando líneas divisorias en los diversos grupos de estudiantes: éramos peregrinos de un mismo ideal, venidos de lejanos lugares y a las mismas puertas tocábamos, con cándida timidez y con el corazón partido: parecía que al recibirnos la Madre Augusta, cobijarnos con su sombra y alentarnos con sus glorias, la melancolía de los recuerdos de paternales amores, fuera como una voz oculta que nos dijera: "aproximáos los unos a los otros: ya no

sois peregrinos sino legión de Paladines, amigos todos que venís a trabajar por la difusión de las ciencias y la grandeza y la dicha de la Patria". Al calor de tales sentimientos e ideas surgió la Sociedad Amigos del Saber.

Esta agrupación de jóvenes fué numerosa, duró varios años y para el Centenario del Libertador, vibrante de entusiasmo, ofrendó un libro a la memoria del Padre de la Patria. En aquel gimnasio intelectual sin que se turbara jamás el ambiente de aprecio y de cariño que reinó entre sus socios, había prolongadas y ardientes batallas intelectuales, sobre temas de vital interés. Allí se destacó el doctor David Lobo por su clara inteligencia, palabra fácil y elocuente y exquisita cultura. En las reñidas polémicas intelectuales en que intervino, no hubo el rozamiento más ligero para ninguno de sus contendores. Aquel noble espíritu acataba la libertad del pensamiento y sabía que el patrimonio de las ideas en cada hombre es tesoro, que cada cual emplea a su manera, con la buena fe de ingenuos sentimientos y la creencia de que va esparciendo más luz por los caminos de la verdad: no creyó jamás que sus ideas fueran su persona, sino esplendor de su espíritu y pregonaba que en la palestra del pensamiento, a la postre triunfaba la bandera

que simbolizaba mayor avance de atinada potencia intelectual, y que la gloria del triunfo correspondía a vencedores y vencidos; era generosamente humano su corazón, y su verbo, claro, fuerte y luminoso, magnífico por la tendencia fraternal con que trató de atraer y conquistar voluntades.

Días hermosos y felices aquellos días de ingenua amistad fraternal en que alegres al sentir la rica savia de la primavera de la vida, nos declarábamos heraldos de lo porvenir, y nos parecía oir los aplausos de la fama venidera y contemplar el esplendor de glorias ya conquistadas. Con el alma llena de emoción vuelve cariñosamente mi pensamiento a aquella edad soñadora y feliz, que en lejanos horizontes de la existencia surge como un paraíso, cada día más bello, más recordado y más querido. En medio de nuestras aficiones literarias no olvidábamos que la naturaleza elabora casi nuestra propia vida y que en el seno de ella están ocultos tesoros de enseñanzas, que al bienestar social interesa descubrir. A las polémicas intelectuales sucedían a veces las perspectivas deliciosas de un día de campo, y un grupo de jóvenes con canto de alborozo en los corazones trepa a las montañas o penetra al frescor sombrío de la selva don-

de parece que almas con sigilo misterioso habitaran aquella majestuosa soledad. Un día el paseo fué a Galipán: a las tres de la mañana estábamos en el punto de reunión fijado: a las cuatro habíamos ascendido lo bastante para dominar a Caracas dormida como bajo un manto salpicado de luces: en la cumbre de la cordillera hicimos estada por un rato, y el mar inmenso, y el despertar de Caracas y de los pueblos inmediatos, y el amanecer con sus encantos, nos hizo considerar la elocuencia avasalladora con que la naturaleza en aquel lugar nos hablaba y candorosamente nos mostraba sus siempre nuevas hermosuras. Bajamos a Galipán, y gozando de un tiempo que sólo tenía caricias, brisas, flores y aromas sin neblinas y sin sol, acogidos a la frescura de los árboles, o acostados sobre el musgo, dialogando como hermanos, transcurrieron horas inolvidables. Al anochecer ya habíamos trepado la montaña, descendíamos y veíamos a Caracas cubierta con intáctil manto salpicado de luces, y la considerábamos bulliciosa y alegre resonando en ella armonioso himno de entusiasmo. Llegamos a la ciudad, nos despedimos los unos de los otros, y cada cual tornando al hogar volvió al pequeño cielo donde la abnegación paternal nos enseña que ella

es vivo símbolo del mismo amor de Dios.

Terminados nuestros respectivos estudios el grupo de amigos y de soñadores abandonó los apacibles claustros de las horas felices, y unos en la capital y otros en distintas poblaciones de la República, principiamos el nuevo aprendizaje que la experiencia, cuando luchamos abiertamente con los obstáculos y realidades de la vida, nos va comunicando mejor a medida que más y más nos alejamos de los sueños de la fantasía propios de la edad irreflexiva de los fogosos entusiasmos. El doctor Lobo se fijó en Caracas y en breve tiempo su personalidad médica sobresalió por modo eminente y su cientela creció hasta ser escaso el tiempo disponible para atenderla. El hombre del trabajo divino de curar el dolor, creció también en el aprecio público y fué amigo de sus clientes y sus clientes amigos de él. Su trato esmeradamente culto, la jovialidad de su espíritu, la tolerancia para las exigencias del que sufre, el afán de descubrir el mal y la energía prudente para atacarlo hacían de él un famoso legionario contra las dolencias de la humanidad, llevando como norma de sus labores profesionales, el primer aforismo de Hipócrates. Fué el doctor Lobo como esas cumbres muy altas sobre las cuales brilla el

fuego de los cielos y reina la eterna blancura de las nieves perpetuas. El cerebro de los pensadores de mérito, de riqueza imaginativa, es a la vez, cumbre, sol, vida y revelación de creaciones y de bellezas llamadas a perdurar.

Desde la infancia estuvo ligado el doctor Lobo al doctor Francisco Javier Yanes con amistad que definió Aristóteles, diciendo que hace de dos almas una y de un alma dos. En los Estados Unidos, para el hogar del doctor Yanes era regocijo grande recibir al doctor Lobo: cuando niños juntos representaron comedias: los dos amigos gozaban de su mutua compañía y sus diálogos eran amenos y alegres como recuerdos de dichas pasadas en horas de paz y de tranquilidad. ¡Qué de lógico y natural para el corazón que el doctor Lobo quisiera ver el rostro de su amigo por última vez, aunque fuera sombreado por la triste palidez de la muerte! El doctor Lobo miró una y más veces el rostro del doctor Yanes, y al alejarse, con palabras ungidas por noble afecto, agitando suavemente la mano derecha sobre el cristal de la urna, exclamó: "he perdido un gran amigo"; y es de creer que mentalmente dijera: "adiós amigo del alma!, hasta muy pronto!" Estaba conmovido, sobrecogido de dolorosa emoción, y al regresar al ho-

gar, en la intimidad de los suyos se expresó así: "Ya en la tarde de la vida, cuando se ve desaparecer a un compañero de la infancia con quien celebramos juegos inocentes y unidos abrimos la razón a las primeras alboradas del pensamiento, parece que es un aviso que se nos da". En el Cementerio al doctor Pedro Hermoso Tellería, su amigo íntimo, hizo la misma manifestación en otros términos tan hondos y sentidos como los anteriores. Tres días después el doctor Lobo se sintió enfermo y trascurridos cinco más, aquel organismo gallardo y vigoroso, lleno de actividad y animación, dormía en la paz eterna con triste palidez.

La noticia de su fallecimiento causó honda pena en todos los círculos sociales: fué duelo general: Caracas entera tributó póstumo y singular homenaje de justicia al médico eminente y al caballero ejemplar: el Gobierno Nacional lo consideró digno de la gratitud de la Patria y le acordó elevados honores: las Cámaras Legislativas dictaron sendos Acuerdos asociándose al duelo de la República: el Consejo de la Orden del Libertador delegó a una Comisión el encargo de presentar su condolencia a la honorable y atribulada esposa de tan distinguido ciudadano. La memoria del

doctor Lobo no será como la sombra fugitiva que pasa y se pierde, sino como la gloria adquirida con virtudes, abnegación, heroísmo e inteligencia.

El doctor Lobo nació en Puerto Cabello en 1861, y fué trasladado a Caracas en tierna edad: aquí se formó y coronó su carrera científica: después viajó, sirvió cargos diplomáticos, y en la notable "Columbian University" rindió con lucimiento diez y ocho exámenes para obtener el grado de Doctor en Medicina de los Estados Unidos del Norte; fué Presidente del Senado y de la Academia de Medicina: asistió a Congresos médicos alcanzando en ellos fama: sobresalió en los diversos ramos de las Ciencias Médicas, y especialmente en fisiología y obstetricia: como profesor era notable y el encanto de su palabra atraía a sus discípulos: pronunció aplaudidos discursos en notables solemnidades. La muerte cerró sus ojos cuando sus labios daban luz en el Rectorado de la Universidad Central: es bello morir como el sol con todo su vigor y entre sus propios esplendores.

Para el amigo fenecido he tomado de mi alma y de mi corazón recuerdos y sentimientos, y los ofrendo a su memoria diciendo que ella me acompañará durante el tiempo que la Bondad Divina prolongue mi existencia.

¿Por qué "Quinta Bomboná?"

La Patria.—Protesta Niño.—Palabras de D'Annunzio.—Busto de Bolívar.—Un orador de Medellin.—Poder creador del genio.—Heroísmo de Pedro León Torres.

El doctor Andrés Alfonzo Ortega, mi amigo y condiscípulo, con la gracia de su genio alegre y fácil para encender la llama de la vida hermosa en cualquier detalle, o demostrar el afecto del corazón en la nobleza de la amistad o en el culto de la Patria, me decía: "Juvenal, tú no sabes qué largos se hacen los años fuera de la tierra querida donde los ojos se bañaron en la luz primera y principió el idilio infantil de la vida: en mis prolongadas romerías mentalmente regresaba a menudo al ho-

gar de mis padres, y Nueva Esparta, mi isla querida, con sus riberas sembradas de perlas y decoradas de blancas espumas, con su alegre vegetación y claro cielo, era visión divina para mi espíritu: sentía en mis labios riqueza de miel cuando veía con mi pensamiento las flores de mi huerto". Nada más humano y natural que las bellas ideas de este ilustre e inolvidable compañero de las aulas universitarias. Es conveniente que la raigambre de estos sentimientos se haga vigorosa desde la niñez para que en todas las emergencias de la vida, la Patria surja más clara y hermosa que el mismo sol, en el pensamiento del alma nacional.

Siendo un pequeñuelo el menor de mis dos hijos me refirió que en el colegio donde estudiaba se habían hecho elogios de los hombres del mundo más famosos por su genio o por sus heroísmos, y citado varias naciones calificadas de afortunadas por los tesoros de gloria que les legaron sus hijos, y me agregó que él estaba desagradado porque no se había nombrado a Bolívar, a Sucre, Miranda y Bello, pues Venezuela como cualquiera otra Nación afortunada, era también sobresaliente por los dones y ejecutorias de sus hijos, y que en la próxima clase protestaría por la omi-

sión verificada. Aplaudí su proyecto, conferencié con él, le explané la sublimidad de su idea, procuré despertar en su cerebro nuevos encantos de patriotismo nacional, y le exigí que me enterara de lo que iba a decir. Quedé sorprendido de su acierto, de la prudencia con que iba a proceder, no obstante su corta edad, su excitación y el coraje que lo impulsaba, y después de haberle oído, me dije mentalmente: el hábito de las lecturas útiles enriquece el alma y ennoblece el corazón: indudablemente, como lo enseñó uno de nuestros poetas: "es puerta de la luz un libro abierto", que "hace a Dios más visible, su poder más cierto.". Al siguiente día, después de su clase, regresó mi pequeñuelo con las mejillas rosadas y sus ojitos llenos de fuego, alegre, nervioso, y haciéndome cariño me comunicaba que su protesta había sido aplaudida por sus profesores y por sus compañeros; y yo le contesté, y lo va a ser también por tus padres y por tu hermano, y lo fuimos abrazando cada uno afectuosamente. Es propicio recordar que en reciente ocasión D'Annunzio en un elocuentísimo discurso decía en Milán: "Cuando nuestros padres iban a emprender un viaje aventurado, llevaban un talismán que los defendía de los peligros. También nosotros llevemos como sacro talis-

mán una ampolleta con la sangre roja de nuestros héroes. Ella nos alumbrará el camino, alejará de nosotros los pensamientos impuros, duplicará nuestro coraje, nos alentará en el sacrificio, nos preparará a bien morir, nos infundirá sacra esperanza y hará que se convierta en malla de oro el hilo frágil de nuestro vivir." Por sobre la Patria, la Patria misma, y por sobre el corazón el sentimiento del deber, para que la sensible entraña se convierta en eco perenne de grandezas sublimes.

Fué para mí un día especialmente feliz el día en que mi hijo mayor inauguró su Oficina Dental, porque ví en ella en lugar de honor el busto de Bolívar. Me sentí revivir en mí mismo, volví con mi pensamiento a los idilios patrióticos de mi juventud, y agradecí a mi hijo la nobleza con que me premiaba demostrándome que nuestras almas por más de un vínculo sagrado estaban unidas. Es oportuno recordar que en la notable ciudad de Medellín se erigió recientemente una estatua a Bolívar, y el distinguido orador F. Gómez, en un admirable discurso, en su inauguración, entre otros conceptos famosos dirigidos a los niños, figuran los siguientes: "Hoy, a través de la distancia y a lo largo de las transformaciones que ha venido sufriendo el alma de la Pa-

tria, Bolívar permanece incomprendido. A raíz misma de la Epopeya portentosa, los propios compañeros cuya arcilla común enfrióse presto, tornados a la vida normal de los humanos, no lo entendieron ya, y trocaron, torpes, en corona de abrojos la corona de luz de su frente soberana"..... "Y un día llegará en que habrán de darse cuenta de que en los territorios abandonados del cerebro han crecido encinas y laureles bajo cuyas frondas se pasean los dioses eternos del Amor y la Belleza, de que han surgido cimas silenciosas en donde el alma departe a solas con su Dios de los misterios del Amor y de la Muerte; de que sus Esfinges pavorosas erguidas a la vera de todos los caminos interrogan, implacables, sobre la finalidad de la existencia, sobre los enigmas de ultratumba.....Y abrirán con estupor los ojos esos hombres del instinto, que se reproducen, tragan, fuman, beben, forjan máquinas, a la vida del sacrificio, del dolor, del heroísmo. Comprenderán, absortos, que lo que por realidad única tomaron es ilusión tras de la cual se oculta la realidad única: el espíritu. Comprenderán que la Humanidad en su evolución a lo absoluto, va sumiéndose en abismos mudos en donde sólo flotan las cumbres del alma, como de un Continente hundido entre los mares

sólo emergen, en forma de archipiélago, los picos más altos; que de Cartago la opulenta tan sólo flota un nombre: Aníbal; que de razas enteras nada queda. Comprenderán que la vida entera de la Raza, cuyo heroísmo llenó de espanto a los romanos en Numancia, la que cubierta de acero y gentileza peleó un torneo de ochos siglos con los gloriosos Agarenos; la que poniendo oído a la locura de Colón vió surgir de entre los mares de Occidente a nuestra América divina; la que con Cortés quemó sus naves; la que sobre las faldas de los Andes y en las hoyas ardientes de estos ríos domó en combates épicos a los araucanos y pijaos, a los aztecas y a los incas... que todo lo que gozó y sufrió esta raza portentosa: sus explosiones de entusiasmo y su heroísmo silencioso, su honor feroz y su sombrío fanatismo, sus glorias y vergüenzas, sus sollozos y sus extásis; todo, todo tuvo una finalidad única: retemplarse, afinarse, purificarse, para engendrar su obra maestra, su síntesis: su Héroe: Bolívar."

Antes de comenzar la batalla de Bomboná ocurrió un episodio entre el Libertador y Pedro León Torres, que reveló que aquellas dos grandes almas agigantadas inmensamente en el amor a la gloria se confundían en la suprema altura donde no existe para la natu-

raleza humana sino la ley del deber. El Libertador aplaudió la gallarda actitud de Torres y la premió, como sabía él hacerlo siempre con sus Tenientes, con rasgo maravilloso de afecto y de genio; y no habían volado con más rapidez los cóndores de aquellas tierra hacia las altas cumbres de las montañas, que la que desplegó el Héroe larense a la cabeza de su legión, para acometer al ejército español, en alturas erizadas de defensas formidables: allí los bravos de Colombia se excedieron a sus propios heroísmos. La luna con su pálida luz alumbró aquella espantosa tragedia: el filo de la media noche parte el día y el combate prosigue hasta que en la madrugada se retira del campo de batalla el ejército español, dejando en él, artillería, botín, prisioneros y heridos. En la cresta de las montañas, al borde de los precipicios, en la oscuridad de la selva, con actitud vigilante y activa durante la noche precursora del nuevo día, el ejército vencedor trató de causar mayores estragos al enemigo que huía. Esta sangrienta batalla causó grandes y dolorosas pérdidas al ejército patriota, y el Libertador: quedó rodeado de enemigos, escaso de elementos de vida, en un lugar enfermizo, y con un reducido ejército azotado por numerosas pri-

vaciones. De este caos tenebroso, amenazante, surgió espléndida luz y se sucedieron auroras de tranquilos y alegres días. No preguntéis cómo aconteció tal transformación. El genio es todavía más fecundo para cambiar y ennoblecer las corrientes de las ideas y el medio ambiente donde se forma y alimenta el alma nacional, que el sol para embellecer y vigorizar con caricias de luz la faz de la tierra. El pasado y lo presente se funden en el crisol del genio, y en liga maravillosa, anticipan de lo porvenir riquezas desconocidas y obras eter nas. Por donde el genio pasa, los gérmenes ocultos se vigorizan y brotan: los encantos se hacen otros, parece como si florecieran y la vida renace con idílica hermosura de Paraíso divino. Apenas transcurren dos meses de la batalla de Bomboná, y Bolívar entra en la población de Pasto, donde fué recibido triunfalmente por los Jefes y Oficiales que había allí, por el Obispo Jiménez, quien había enviado a su Provisor y a su Secretario a encontrarlo para que le ofrecieran a su nombre, sus respetos. En concepto del Libertador la capitulación de Pasto valía por diez victorias. Parece increíble que aquel Obispo realista, después de la conferencia que tuvo con el Libertador, conviniera en quedarse en Colombia dirigiendo

su grey en la cual el sentimiento antirrepublicano era hondo, fuerte y valeroso. Dejaba Bolívar detrás de sí por la virtud de su genio una nueva vida, una nueva alma colectiva: una verdadera creación. El Sur de Colombia quedaba libre y el 16 junio, dos meses y días después de Bomboná entraba el Libertador a Quito, en medio de una apoteosis insuperable por la sinceridad y entusiasmo que reinaba en cada corazón. Después de Bomboná, Bolívar con su genio libró batallas, espiritualmente terribles: destruyó todo lo que a su alrededor era formidable y parecía invencible: nada resistió al prestigio de su nombre y a sus golpes de audacia para atraer y vencer a los que vacilaban.

Bomboná será siempre muy alto pedestal del Genio y de la gloria de Bolívar: Bomboná recordará siempre que un hijo de mi tierra nativa, Pedro León Torres, estuvo allí tan alto como el mismo Libertador, por el afecto que le profesaba y por su ardimiento patriótico, que hicieron de su vida y de su sangre, en aquel reñido combate, una oblación a la gloria de Colombia. ¡Qué hombre y qué corazón!

Sobre el dorso de una colina, en el Estado Sarría, con el concurso de mis dos hijos, he

construído una casa de campo, a la cual dí por nombre "Quinta Bomboná". Con esta publicación quiero satisfacer a los que me han preguntado la causa de tal nombre.

1924.

León Cazorla

Todo lo serio se encadena en la vida, y la honradez y la virtud necesitan un fondo serio en que apoyarse.—OCTAVIO FEUILLET.

Circunstancias especiales hicieron que el distinguido ciudadano León Cazorla fuera desde su niñez de un carácter para el cual no existieron vacilaciones ni dudas. Un agudo dolor retempló su espíritu y le indujo a consagrar todos sus esfuerzos al triunfo de la causa de la Independencia.

Tuvo por progenitores al señor Manuel Cazorla y a la señora Josefa Goicoechea de Cazorla, españoles residenciados en Valencia, donde gozaban de aprecio por su distinción y méritos personales. Manuel Cazorla, aunque español era decidido partidario de la Causa de la Independencia y se encontraba en

el ejército patriota a las órdenes del General Miranda cuando se efectuó la capitulación convenida con el general Monteverde. Logró conservar su libertad y celebró los triunfos republicanos del año trece, y fiel a sus ideas, con denuedo combatió en el sitio de Valencia contra las huestes presididas por el formidable y temido Boves. Entregada la ciudad mediante una capitulación, quiso el mismo Boves por medio de un juramento proferido al pie del altar, donde había mandado a celebrar una misa, inspirar ciega confianza a los que habían capitulado, para hacer más fácil el exterminio de ellos. Recibía con afabilidad, dió una comida a las personas principales de la población y a los oficiales de las fuerzas que habían capitulado, coronando las aparentes demostraciones de clemencia y generosidad con un baile que tuvo efecto la noche del mismo día del banquete. En aquella noche fué una ilusión el encanto de la música y el lujo del festival: reinaba en unas almas el terror y el presentimiento trágico de sangrientas desgracias; y en las otras, el odio simulado y el deseo de acelerar el sacrificio de las víctimas llevadas al sarao y de las que esperaban libertad al amanecer del nuevo día. El plan proditorio se consuma, las víctimas principian

a ser inmoladas, algunas lo sospechan durante el baile y logran huir, pero la guadaña de la muerte, hábilmente manejada, sigue segando vidas y el odio escudriñando para no dejar escapar a los que habían logrado esconderse o alejarse.

La señora Goicoechea de Cazorla tenía la convicción, así como otras señoras, de que sus respectivos padres, esposos o hermanos, serían puestos en libertad muy temprano, y a las cinco de la mañana se dirigieron a la Plaza Pública con sus corazones henchidos de gozo a recibir a sus seres queridos. No causa estrago mayor la tempestad que desencadenada ruge con furor, hunde y desordena, aterra y mata, al estrago que mirar la fila de cadáveres causó a las esposas, madres y hermanas. Estaban sus seres queridos con la reciente y pálida expresión de la muerte pintada en los rostros. Con inquietante anhelo habían ido a buscarlos, visibles las alegrías de sus almas y entusiasmos de amores, como nuevos y más bellos, por el alejamiento de los dolores sufridos al calor de la esperanza que ya sentían convertida en realidad.

¡Entraña misteriosa la del corazón! ¿cómo puedes en un paroxismo de angustia fulminar la vida destruyendo la conciencia de su

propio sér? Esposas y madres enloquecidas llenaron la Plaza Pública de lamentos desgarradores, y la señora Goicoechea de Cazorla ante el cadáver de su esposo perdió la razón y atacada violentamente de parálisis fué recogida y llevada a su hogar, donde su vida casi inconsciente trascurrió como prolongada agonía hasta el fin de sus días. León Cazorla, el mayor de los hijos de la desgraciada señora, adolescente todavía, casi con el frescor de la leche y de las caricias maternales en los labios, contempla aquel escenario de sangre y de muerte, y herido en los más entrañables afectos del alma, jura en su interior, con resolución inquebrantable, consagrarse sin esquivar peligros ni regatear sacrificios a la causa que sostenían los patriotas. Cómo cumplió su juramento lo pregona la historia de su vida militar, llevada siempre con fe republicana y abnegación perseverante y tranquila. El niño salido de la fragua del dolor se sintió hombre y voló a formar parte del ejército a las órdenes del Libertador. Florecen sus ardores bélicos en los campos de batalla porque estaba cumpliendo el juramento que brotó de lo más hondo de su espíritu, cuando vió trocarse en muerte la santa alegría de su madre.

Para el año de catorce la guerra había tomado el carácter de la voracidad de un incendio llegado a su grado máximo.

En aquel cuadro de llamas pavorosas, las pasiones producían ciclones de odio que barrían los campos de la vida sembrando la desolación y la muerte: los combatientes se distinguían por el coraje que los impulsaba, y tanto los unos como los otros efectuaban hazañas dignas de loa. El adolescente León Cazorla combatió entre los inmortales legionarios de Colombia, igualándolos en bravura.

En las huestes patriotas con su fusil al hombro estuvo de facción, dispuesto a combatir con el entusiasmo que estaba en él y era exclusivamente de él. Para 1822 Narciso Gonel, de los Libertadores de Venezuela y Cundinamarca, Capitán de la Cuarta Compañía del Batallón de Granaderos de la Guardia, le nombró Sargento de primera clase de la expresada Compañía, en atención a su buena conducta, valor y a los conocimientos que poseía. El joven militar asistió a varios combates con el Batallón de que formaba parte, y se distinguió por modo especial en el asedio y toma del Castillo de Puerto Cabello, y fué haciéndose más y más distinguido por sus antecedentes y servicios. El General Francisco de

Paula Santander, Vicepresidente en ejercicio de la República de Colombia le ascendió en 1825 a Subteniente de la 6ª Compañia del Batallón Anzoátegui. En 1826 en la ciudad de Valencia, reunidos los Jefes del Batallón Valeroso Anzoategui, dieron al Teniente León Cazorla amplio poder y facultad para que en todo el año de 1827, ejerciera las funciones de Habilitado y recibiera de las Tesorerías o Comisarías Nacionales los caudales que a buena cuenta fueran detallados al cuerpo y ajustara cada cuatro meses vencidos y al fin de su comisión la oficialidad, tropa y demás gratificaciones que correspondieran al mencionado Batallón conforme al título 9, artículo 14 de las Ordenanzas generales del Ejército. En febrero de 1827 el Libertador le nombró miembro de la orden de Libertadores de Venezuela "en atención a sus distinguidos servicios y buena conducta militar en campaña y sitio de Puerto Cabello hasta su rendición". En 1827 a las órdenes del General José Tadeo Monagas, hizo la campaña en persecución de los facciosos de Capiricual en la Provincia de Barcelona. En 1829 el General Rafael Urdaneta, Ministro Secretario de Estado en el Departamento de la Guerra, lo nombró Ayudante Mayor del Batallón Valeroso Anzoátegui

de la Guardia, librando el correspondiente despacho para que se le tuviera por Capitán graduado de dicho cuerpo. En 1830 el General Páez le confirió el grado de Capitán del mismo Batallón Anzoátegui. En el Ejército se distinguió el Capitán Cazorla por la serenidad de su carácter y su austeridad en el cumplimiento del deber. Se le confirieron comisiones de importancia y desde joven se le consideró con la talla de hombre culto y caballeroso, y de valor sereno y consciente en los peligros.

Convertida en tres Repúblicas la Gran Colombia, el Legionario de la Odisea Boliviana, sirvió a intervalos algunos cargos en su Patria, hasta el año de 1846 en que después de haber combatido en defensa del Gobierno en Barinas, pidió al General Cruz Carrillo, Comandante General de operaciones en Guanare, permiso para retirarse del Ejército con el fin de atender a sus intereses que sufrían graves perjuicios. El permiso le fué otorgado y en la comunicación en que se le concedía se le dieron gracias por sus oportunos y patrióticos servicios a nombre del Gobierno de su Excelencia el General en Jefe del Ejército y del Gobernador de la Provincia; y para complacer a su amigo General

Páez, por breve tiempo estuvo en Maracay, y sirvió allí cargo importante.

El gentil y bizarro capitán Cazorla se instruyó y se educó a sí mismo en medio de los campamentos; era de conversación amena y de palabra fácil, de exquisita cultura y cuidaba con esmero de la corrección de su traje y de la pulcritud de su persona, al igual de sus hermanos Miguel y Eligio, fallecidos no há mucho en Valencia. Tenía condiciones de gentileza para distinguirse y se distinguió en los estrados sociales: se dedicó al comercio y tuvo la suerte de aumentar sus bienes considerablemente: hizo del dinero empleo útil y prudente, y se complacía en facilitar negocios a los demás y en darse comodidades para vestir la vida con el ropaje de la alegría y del placer. Siendo un niño realizó con su valor empresas superiores en los campos de batalla en lucha formidable, y con su clara visión comprendió la complejidad de la existencia, y dirigió la suya por amplia y luminosa senda: militó en un partido político pero no profesó el egoísmo de las propias ideas porque sabía que el progreso es obra colectiva y la civilización gloria intelectual generalizada en esplendores de ideales que van surgiendo como nuevas auroras a cada etapa del camino.

La amistad que le unió al General Páez y a otros Jefes contribuyó a que tomara otra vez ingerencia en los asuntos políticos, y ejerciera el año de cincuenta y nueve la Gobernación de la Provincia de Portuguesa, cargo del cual se separó para no inmiscuirse más en la política. Ya ardía el incendio de aquella guerra que duró años y agotó la riqueza pública y causó estragos en la vida social, debilitando su trama, y creando un medio ambiente en el cual, después del triunfo de la Federación, la paz insegura y frágil no producía sus bendecidos dones. Había muchas espadas levantadas en manos de numerosos caudillos y el pueblo se había habituado a llevar el fusil al hombro para sacrificar y sacrificarse: poca cosa útil se hacía y al ruido de la fusilería sólo a intervalos extinguido, se abrían más tumbas para continuar sepultando cadáveres.

El capitán Cazorla no creyó que con la guerra civil quedaran a la Patria beneficios, sino pérdidas inmensas y desolación en los espíritus. Su campo de actividad continuó siendo el comercio, el cual ejerció en varias ciudades de la República hasta que muy avanzado en edad se retiró a la ciudad de Boconó del Estado Trujillo, donde vivió rodeado del aprecio público, y de las consideraciones de amigos

que fraternalmente le querían, como los generales Juan Bautista Carrillo Guerra, Santana Saavedra y otros más, de alta significación y valimiento político y social. Su numerosa descendencia con el interés del afecto y ternuras del cariño disipaba las naturales melancolías del anciano detenido al borde de la tumba, por la riqueza de sus fuerzas y las energías de su espíritu. Murió en 1890 a la edad de 87 años en la ciudad de Boconó de Trujillo: su memoria recibió numerosas demostraciones de simpatía y la ciudad de Boconó le honró por cuantos medios tuvo a su alcance.

El Capitán Cazorla casó en primeras nupcias en Guanare con la señorita Inés Oráa, y de este matrimonio existe numerosa descendencia: y en segundas nupcias con la señorita Belén Nadal, existiendo también de este matrimonio larga progenie. La personalidad del adolescente patriota perdura por los méritos de su vida, y tiene por el legado de su sangre, digna y valiosa representación en varios Estados y en la capital de la República.

Dijo el notable escritor Manuel José Quintana al rememorar las vidas de los españoles célebres, que "a las personas vivas se les deben en ausencia y presencia aquella contemplación y atenciones que el mundo y las re-

laciones sociales prescriben; pero a los muertos no se les debe otra cosa que verdad y justicia». León Cazorla durante su vida, noble y pura, se hizo acreedor a las consideraciones de que gozó, y verdad y justicia fueron los elogios que recibió en vida, y verdad y justicia los homenajes rendidos a su memoria. ¡Qué bello es edificarse a sí mismo, tener la conciencia del propio esfuerzo, batallar con valor y llegar a la cumbre por las sendas de la virtud y de la gloria!

General
Jacinto Fabricio Lara

Al General Rafael María Velasco B.

De un matrimonio ejemplar que unió a sus merecimientos los títulos del heroísmo y de la gloria, nació en la noble ciudad de Carora el general Jacinto Fabricio Lara. El solo nombre de sus progenitores hace pensar alto y recorrer con el pensamiento aquel inmenso escenario que iluminó con su genio y convirtió en inmortal Olimpo, el Libertador Bolívar. De aquel inmejorable amigo del Libertador, de aquel prócer de la Gran Colombia, que aplaudió y acogió en Caracas con fe y entusiasmo las ideas de independencia de 1810, de aquel famoso legionario que como el gran Urdaneta acudió a casi todos los campos de batalla, a demostrar con coraje insuperable, cómo famosamente se exhiben el valor y el heroísmo, y cómo se podía seguir de cerca los pasos de Bolívar y cum-

plir con fogoso ardimiento las inspiraciones de su genio: del general Juan Jacinto Lara y de la señora Nemecia Urrieta de Lara, dama que unió inteligentemente al amor de su esposo el amor de la Patria, recibió la vida el infante Jacinto Fabricio Lara, quien desde su juventud reveló que sabía llevar y llevaba en su pecho el fuego sagrado que alimentó la vida de su egregio progenitor.

Convertido el general Jacinto Fabricio Lara por sus ejecutorias en expectable ciudadano, corriendo el año de 1896 el Presidente de la República, general Joaquín Crespo, lo nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante las Repúblicas del Perú, Ecuador y Bolivia. Recaía el nombramiento en un hijo del guerrero que dejó escrito su nombre muy alto en los dominios de la gloria, en Junín y en Ayacucho y en donde quiera que a la Epopeya Colombiana se había agregado un laurel más.

El ilustrado doctor Rafael Domínguez fué con el general Jacinto Fabricio Lara, con el carácter de Secretario de la Legación, y el coronel Ramón Parra Almenar, como Agregado Militar. Acompañó al Secretario de Legación, su distinguida y culta esposa señora Matilde L. de Domínguez.

¿Cómo fué recibido el personal de la Legación en las Repúblicas del Perú y del Ecuador, pues no tuvo tiempo el general Fabricio Lara de visitar a Bolivia, cuyo solo nombre es prenda de afecto entre los venezolanos y élla? El cariño generoso extremó sus cuidados y el gallardo hijo del Héroe colombiano vió con su corazón rebosante de alegría, como no se olvidan los triunfos de los Libertadores ni se marchitan los trofeos de la gloria en la conciencia de las naciones patriotas y agradecidas. Había en los agasajos que recibió, ternura viva de grandes y sublimes recuerdos, que por si solos eran suficientes para aproximar los corazones con vigor y al propio tiempo con encanto y delicadeza, en días felices de por sí propicios a remembranzas de hechos llamados a perdurar y a engrandecerse. ¡Con cuanta emoción no pondría el general Fabricio Lara sus pies y el anhelo de sus miradas sobre los campos de batalla, en donde su ilustre padre con el empuje y serenidad de un héroe romano hizo estragos con la punta de su lanza o con el acero de su espada, sobresaliendo entre batalladores comparables a los vencedores de Troya! ¡Qué de extraño tiene que el hijo de tal Héroe recibiera lo que vale más que las grandes fiestas prodigadas con lujo de riquezas

y ruidosa ostentación! En las manifestaciones de cariño con que se atendia al personal de la Legación, hablaba la gratitud, y en los hechos palpitaba gloriosamente la emoción de los recuerdos y los sentimientos del afecto. ¿No miraría mentalmente el Héroe colombiano después del triunfo de Ayacucho, satisfecho de haber ofrendado sangre y vida, con su pensamiento limpio de toda ambición pequeña, con la majestad de la gloria del vencedor en el semblante y alborozo supremo en el corazón, los numerosos campos de batalla donde había triunfado? El Héroe sentía la fascinación de las cosas sublimes que pensaba y hacía el Agamenón de la Epopeya.

Se ama por modo especial la tierra donde vimos la luz primera, la tierra donde iniciamos las jornadas de la vida, y se ama también grandemente la tierra donde nuestros mayores por méritos insignes dieron lustre singular al nombre que nos legaron. No deben existir distintos soles para la vida de la confraternidad entre los hijos de las Repúblicas Bolivianas, sino uno solo, incomparable: Bolívar; la lumbre de su genio es cada día más fecunda y debe constituir la inspiración de nuestros ideales.

En la época actual, en todos los pueblos

que de algún modo se han inquietado por su prosperidad, la grandeza y la gloria de su destino ha resonado el nombre de Bolívar como numen inspirador de adelanto en las ciencias que mejor dirigen el movimiento progresivo de las sociedades. En el Mundo Boliviano, en las Repúblicas surgidas a los relámpagos de su espada e iluminados siempre por la luz de su genio, la apoteosis de la Iliada Colombiana ha revestido toda la indecible magnificencia de los corazones elevados a las mayores intensidades de la emoción y de los afectos.

Podemos recordar que ayer se celebró el primer centenario de la victoria de Pichincha y con tal motivo decía en un interesante discurso el Presidente del Ecuador: "La mano del destino pudo partir la herencia de nuestros Libertadores, frustrando su amado ensueño de un portentoso porvenir para los pueblos de la Gran Colombia; pero la división geográfica no ha logrado borrar del alma indomable de estos pueblos el recuerdo de los heroicos esfuerzos que juntos realizaron para conquistar la libertad y la independencia de toda la gloriosa tierra colombiana. Viva y constante la memoria de las hazañas legendarias de la generación libertadora, las presentes y las venideras, unidas siempre con indestructibles lazos,

no sólo se ayudarán recíprocamente, en la obra fecunda del progreso, sino que también aunarán sus energías, imitando el ejemplo de sus antepasados, para la común defensa, cada vez que peligren la libertad y la soberanía del suelo consagrado por el triunfo y la gloria del Iris de Colombia."

El actual Presidente del Perú, doctor Germán Leguía y Martínez, en una oración patriótica en la cual parece que la inteligencia humana sublimemente inspirada y valiéndose de esfuerzos extraordinarios siguiera en su vuelo infinito y trazara con vivos colores la grandeza de lo imponderable, describe la figura del Libertador. Agita los nervios y emociona con encantos indecibles el discurso del doctor Leguía: cada uno de sus párrafos es como aleteo de cóndor frente al sol queriendo llegar a él y echarse luz sobre las pupilas sedientas de mirar todas las hermosísimas y claras regiones del dominador de las sombras. Sin escoger citaremos algunos:

"Sus discursos, hablados o escritos, ora austeros y sobrios en los actos oficiales, ora caudalosos y ardientes en los momentos de entusiasmo y endiosamiento recorren todos borbotantes con chispeos de luz y ráfagas de incendio.

"Sus proclamas que no ceden ante las de Bonaparte, son únicas en América. Ellas le hacen la idolatría de sus tropas. A caballo, sombrero en mano, la espada desnuda recorriendo las filas, tal como lo representa esta estatua, es un transfigurado, un excitador. Su dicción, en esos instantes, es vibrante, abrasadora, rápida, rotunda, grandilocuente; torrente de amenazas, y estímulos; sacudiente de nervios y corazones; profecía de éxito y de gloria.

"Alguien ha dicho que, "hizo la independencia con la lengua." Su verbo le dió tantas victorias como su espada. Con él redujo al rebelde y traidor Bianchi; doblegó a sus rivales en Haití; sedujo en Santa Ana a Morillo; y a las faldas del Misti, hizo saltar a O'Higgins de su asiento, para proclamarle, a voz en cuello, el primer hombre del continente americano.

"Historiador, habría sido un Tácito; naturalista, un Darwin; filósofo, un Spencer; poeta, un Dante. Como el rayo, tuvo calcinaciones; como el trueno, rugidos estentóreos; como el relámpago, fulminaciones épicas.

"Su prestigio fué inmenso. Llamáronle México, Cuba, el Perú, Chile y el Plata. Demandaron su presencia Fúnes, Borrego y los Asambleístas cordobeces. Seis mil soldados europeos enroláronse en sus filas satisfechos y or-

gullosos de obedecerle, con ser, como fueron veteranos de Wellington y Napoleón. O'Connor consagróle uno de sus hijos. Ofreciéronse a servir bajo sus banderas el mexicano Guerrero; O'Higgins y el propio vencedor de Chacabuco.

"Su obra es un pasmo. Cruza, en expediciones sin cuento, el escenario histórico más dilatado de los siglos. Cinco Estados quedan desencadenados por su esfuerzo; y una constelación de naciones, un continente íntegro, vense por él ratificados, firmes y seguros de su libertad e independencia. Tal su obra. El mismo resúmela cuando, al tornar a la patria, exclama ante una asamblea puesta de pie. "En cinco años de ausencia, el mundo americano ha dejado de ser español".

"No posee la América corazón suficientemente grande y tierno para amarle, admirarle y bendecirle.

"Para ensalzarle cumplidamente, hay que reproducir la frase única y concisa de Choquehuanca, el sacerdote desconocido, surgido a la celebridad del rincón ignorado de una aldea: "Nada de lo hecho hasta hoy se parece a lo que habéis hecho. Para que alguien pudiera imitaros, sería preciso que hubiese otro mundo que libertar..... Crecerá con los siglos

vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina....."

El ilustrado general Jacinto Fabricio Lara hizo estudios académicos, heredó de su notable progenitor la energía del espíritu y la elegante contextura de un organismo parecido al de aquellos gallardos y admirables romanos para quienes no hubo más lema que el valor y el deber.

El general Fabricio Jacinto Lara fué hijo ejemplar, y para sus amigos y los suyos tuvo el corazón en las manos. Sus cartas para su señora madre cuando recorría los sitios donde su padre había hecho grandes proezas, demostraban viva emoción y altos pensamientos; a veces, no obstante la energía de su carácter e impasibilidad de guerrero, hablaba a su honorable progenitora, con la ternura y el encanto con que Cecilio Acosta enarró los idilios del amor entre él y su buena madre.

En los anales de Colombia el general Juan Jacinto Lara, es una figura que se destaca con singular grandeza, y en la vida de Venezuela el general Jacinto Fabricio Lara, con patriótica actuación supo recordar la memoria de su padre y labrarse alto pedestal para legar también su nombre con honra y con gloria a sus conciudadanos.

Doctor Ezequiel Bujanda

La poesía ocupa el puesto más preeminente entre las creaciones literarias de la humanidad, con tan respetuoso y general acatamiento, que es frecuente decir, cuando quiere designarse a un País con el título más halagüeño para su orgullo, la patria del Dante, la patria de Goethe, la patria de Racine, la patria de Calderón.

Gaspar Núñez de Arce.

——

El Estado Lara puede ufanarse con la gloria de este hijo, porque desde niño se reveló en él con notable aplomo el carácter, el valor, la energía moral y la inteligencia. En el hombre brilló la firmeza de las propias ideas y un delicado y sublime sentimiento de amor a la belleza, personificado en la mujer.

Era Bujanda de facciones distinguidas, de romántica blancura, más bien alto que pequeño, delgado, de mirar sereno y atrayente y su persona, adorno de ella misma. A estos dones, agregad fineza en el trato, expresión y calor en las ideas y palabra con alma, culta y armoniosa y tendréis de relieve la egregia figura del poeta.

En el Colegio de "La Concordia" sus condiscípulos sentíamos por él, cariño y admiración. Hubo uu compañero que gozaba de fama merecida de fuerte y de valiente, y quiso que los hechos le demostraran si realmente en Bujanda había la entereza de un hombre. Le provocó a un lance personal y Bujanda sin alterarse, sin decir palabra que demostrara el menor desagrado, se batió con su contendor y heroicamente logró vencerlo: el combate con intervalo de días se repitió algunas veces con el mismo resultado. Bujanda, animado de un sentimiento de generosidad, dijo a su condiscípulo que reconocía su valor y que sólo a esfuerzos extraordinarios, inexplicables para él mismo, había podido lograr no ser vencido. Aquellos dos jóvenes, tan valientes el uno como el otro, quedaron amigos, y Bujanda a nadie relató lo ocurrido ni lo recordó en ninguna ocasión: tenía la prosa-

pia ilustre del heroísmo gentil, llevado en el calor de la sangre y en lo más hondo de las ideas.

¡Qué mucho que hombre dotado de tales condiciones atrajera con el prestigio de su inteligencia y cautivara en los estrados sociales e hiciera admirar con su numen poético, el dilatado imperio de la belleza, del sentimiento y del amor! Fué él como ánfora formada para contener bellezas: en sus poesías ya se sienta el rumor alegre de la vida o se advierta la tristeza de un alma herida por los desengaños, hay siempre en ellas un fondo de energía y un encanto casi oculto y al propio tiempo visible, que revela, que tanto el sentimiento como los ensueños de la fantasía, las ilusiones de la vida y sus realidades, habían recibido el soplo genial de un espíritu que imprimía sello inmortal por el colorido y por la forma, como por la gracia y novedad a los pensamientos expresados. En sus poesías aparece siempre la mujer, ora en un cielo remoto como divinidad entrevista en éxtasis, ora en el valle de la vida como la única realidad digna de las alegrías del alma y de los encantos del corazón.

Bujanda nació en Cabudare en 1865, y fueron sus padres el doctor Pablo Bujanda y

Carolina Hernández de Bujanda. Estudió en El Tocuyo en el Colegio de "La Concordia" hasta obtener el grado de Bachiller en Filosofía en 1880. Después continuó sus estudios científicos en el Colegio Federal de primera categoría del Estado Lara, doctorándose en Medicina en 1893.

Durante sus estudios científicos reveló su alto y delicado numen poético, publicando en los periódicos "La República" y "La Pluma", varias poesías que fueron acogidas con entusiasmo.

En Barquisimeto fué Subdirector de la extinguida Escuela Normal de Institutores.

El Tocuyo, ciudad pintoresca y hermosa, adornada de vegetación exuberante y rica, con un río caudaloso a sus orillas, de linfas puras y perfumadas con el aroma de helechos y de flores nacidos en páramos donde la naturaleza ostenta gracias como de candores virginales, era lugar propicio para el alma del poeta, y allí fué a fijar la tienda de su hogar, y allí levantó un monumento a la belleza, con sus cantos, eternos como la belleza misma, los cuales a medida que vayan divulgándose extenderán su gloria, grande y merecida.

En El Tocuyo ejerció con éxito su profesión de médico, fué Secretario del Concejo Municipal,

Secretario de la Jefatura Civil del Distrito, Presidente del Concejo, Jefe Civil del Distrito varias veces; Presidente de la Sociedad Recreativa y Progresista, Secretario de la Junta de Fomento de El Tocuyo; y en la misma ciudad redactó en unión de su ilustrado amigo y conterráneo Pedro Montesinos varios periódicos: "La Pluma", "El Teléfono", "La Cartera" y "El Propulsor".

Es inexplicable que Bujanda, con alas de cóndor, no hubiera hecho excursiones fuera del rico y florecido valle de El Tocuyo. Acaso pensó él que allí sentiría mejor que en ninguna otra parte la hermosura del vivir; allí la naturaleza le hablaba con vivos colores y encantos; allí contempló las tiernas bellezas humanas que despertaron su corazón de niño a la dulce emoción de los afectos; allí todo contribuía a regalarle agradables días: el cielo, la naturaleza y la deidad humana; allí fabricó el poeta el alcázar de sus amores, y su existencia trascurrió feliz hasta extinguirse con la armoniosa suavidez de un celaje. La muerte no se atrevió a cerrar con rapidez aquellos ojos que tanto amaron la luz, ni a extinguir con violencia aquella palabra cautivadora, que creó formas nuevas e inmortales para la expresión de lo bello. Cuando

el bardo sintió que se acercaba al ignoto eterno, lejos de desfallecer, cantó una vez más y escribió una poesía: última y preciosísima flor de su alma: ensueño indefinible de tristeza y de amor.

El 16 de agosto de 1919 la ciudad de El Tocuyo profundamente conmovida y triste se enteró del fallecimiento del doctor Bujanda. Su cadáver mereció especiales honores y fué llevado a la morada del silencio seguido de un gentío de la ciudad amada por él, y en la cual sus afectos fueron correspondidos.

El doctor Carlos Borges escribió refiriéndose a Bujanda, que "cuando el poeta abrió los ojos a la luz de la vida halló en su cuna tres dones divinos", y "que en la frente límpida del bardo siempre hubo luz, corona de estrellas y aureola de gloria."

R. Lozada Cadenas, fallecido en temprana edad y en día de dolor para las letras, en sentida meseniana recordando al Poeta se expresaba así:

"Cuentan que hay un canto tuyo—postrimerías de ruiseñor—en que te dices muerto ya".

"¿Qué secreto mal minaba tu alma lírica y melancolizaba tu laúd . . . ?"

"Agonía inquieta . . . tan sólo un suave

gemido y un persistente movimiento de digitación en la diestra, como si pulsara una lira invisible. Dijérase que rimaba la muerte"

"Y te fuíste en el tren que no vuelve. Aunque caían ya las primeras hojas de tu otoño, aún había en tu jardín muchas rosas primaverales. Todavía era tu cabeza un diamante negro".

Bujanda dejó tres hijas, dignas herederas de su nombre por su elevación y gentileza de espíritu: ellas por su belleza y blancura comparable a la de los lirios, son poesías vivientes que recuerdan al egregio cantor occidental de la divinidad humana.

Considero pasajeros y de escaso valer los contratiempos para los hombres colocados por su mentalidad a una gran altura, porque gozan de la expansión de inmensos horizontes, y predispuestos a lo eterno y a lo sublime, miran en arcanos vedados a los demás y sienten las supremas emociones de bellezas inmortales.

A Través del Tiempo

JUVENTUD.—VEJEZ.— PALABRAS DE UN GENERAL. —LLANERO SAGAZ.—SUS TEORÍAS.—COSTADO DE LOS VIEJOS.—NIÑAS CELESTIALES.—ALTOS Y BAJOS.—EXTREMOS PASIONALES.—NI JUVENTUD NI VEJEZ.—DÍAZ RODRÍGUEZ.—RUFINO CUERVO. — MONTALVO.—IDEAL ETERNO.—AMOS DE ESCALANTE.—MONTAIGNE.

La primavera es bella, atrae y encanta, pero, ¡qué primavera igual a la de la juventud!: tiene como la otra, frescor de vida, crecimientos seductores y cantos de alegrías espontáneas; y tiene además, lo indecible, la emoción de las impresiones y el fuego impetuoso de los afectos: sus tempestades son idilios, y sus horizontes, ensueños y esperanzas.

La vejez es desapiadada y cruel, porque generalmente empobrece las ilusiones, disminuye el entusiasmo y hace que los recuerdos

proyecten hacia el pasado horizontes tristes, y hacia el porvenir el vacío de desencantos indefinibles. Así lo reclama la naturaleza, y razón han tenido los filósofos para comparar la vida a un caminante que trepa alta montaña, llega a la planicie de la cumbre y luego principia a descender. En la juventud se asciende por la montaña; en la edad vigorosa se recorre la llanura, y cuando el vigor disminuye, se baja la montaña, y se baja hasta caer en la tumba. Me parece que un pensador venezolano dijo que los cuarenta años eran la vejez de la juventud y los cincuenta la juventud de la vejez; y de los sesenta en adelante, según la clásica escuela de Salerno, se principia a descender de la montaña, acercándose al fin. En la juventud los órganos se desarrollan y alcanzan su plenitud: el hígado que llega en un adulto a mil quinientos gramos, en un viejo puede decrecer hasta novecientos u ochocientos: el cerebro pierde parte de su peso, el riñón y el bazo lo mismo. Es terrible el flagelo de la naturaleza.

No obstante las diferencias que existen entre la juventud y la vejez, deben marchar de acuerdo, sin chocarse y sin pretender los jóvenes prescindir de los viejos y los viejos de

los jóvenes. Mutuamente deben auxiliarse y prestarse sus servicios,

En cierta ocasióu varios jóvenes llevaron una serenata a un general Presidente de uno de nuestros Estados, y el orador en su felitación le dijo: que los viejos debían ceder el puesto a los hombres de lo porvenir, que eran los jóvenes.

El general le contestó cortésmente y le exigió que le auxiliaran en su labor con el calor de sus ideas nuevas, con el generoso impulso de sus entusiasmos y con las bellezas del amor a la gloria, más grande y más vivo en los que inician la jornada de la vida; y terminó haciéndoles saber, qne como eran los hombres del porvenir les tocaba esperar su hora que infaliblemente llegaría, porque para el tiempo nada hay perdurable y menos la instable decoración de los hombres. Es necesario la unión: es necesario la solidaridad humana para que surja el gigante inmortal de maravillosa grandeza de que nos habló don Juan Valera, con un pie sobre el presente y con el otro en interminable marcha levantado al porvenir.

Viajando de los Llanos a Caracas, en una pulpería donde hice estada para descansar, había un Llanero bien trajeado, vestía de blanco, usaba botas, llevaba sombrero de panamá con

barboquejo y montaba brioso corcel, aperado con lujo: era hombre de arrogante prestancia, locuaz y vivo. Los tiempos cambian y el espíritu de cada época imprime fisonomía hasta en los menores detalles. De este hombre no se podía decir con Baralt: "el llanero ama como su verdadera y única patria las llanuras...... y fuera de élla, halla estrecha la tierra, el agua desabrida, triste el cielo". Este llanero, si amaba la soledad grandiosa de las pampas, su hermoso y claro cielo, anhelaba conocer otro mundo, sentir otra vida y admirar de cerca los progresos humanos y gozar de ellos. La naturaleza le había dotado de genio y miraba claro en el turbio mar de la vida.

Continué mi viaje en unión del Llanero, que también se dirigía a Caracas. Trabamos mutuo conocimiento, nos brindamos confianza y a poco, recordando a un alto personaje de actualidad entonces, me llamó la atención el Llanero para decirme:

—¿Sabe usted por qué lado ha dado el costado ese hombre?

—No lo sé y desearía que usted me explicara el significado de sus palabras.

—Generalmente, doctor, los hombres cuando llegan a viejos, raro es el que no toma una manía: unos la dan por echar cuentos, otros

por creer que sus hijas son dechados de belleza y así podría seguir con otros ejemplos. El personaje de que usted me habló es un viejo raro: tiene talento, discreción, sabe apreciar los hechos y juzgar a los hombres, pero si usted le habla de la grandeza de su corazón, de su filantropía, de la nobleza de su amistad, lo vence y obtiene de él lo que quiera: doctor, dispénseme el ejemplo: es entonces, como cierto animal doméstico que siempre se le acuesta al último que le hace cosquillas. Ese viejo dió el costado, del modo que le dejo dicho.

El Llanero me expuso consideraciones de alto valimiento, y con la elocuencia poderosa y práctica de los ejemplos, me reveló que su alcance intelectual era grande y fuerte. Me hizo el Llanero recordar a un amigo mío, algo viejo, que vivía en casa situada en esquina con ventanas hacia dos calles: el viejo no se cansaba de dar gracias a Dios cuando hablaba con amigos de confianza, porque le había concedido por hijas, verdaderos ángeles que no pensaban en las cosas de este mundo, sino en ser buenas, en trabajar y prepararse para el Cielo. Por la tarde cuando el viejo salía para la Plaza Bolívar, algunas de las hijas desde las ventanas situadas en la calle que el viejo seguía, lo

despedían con frases cariñosas, y las otras hijas en las ventanas opuestas, sostenían con la lumbre de sus ojos y el apasionamiento de sus ideas, que el corazón es una entraña formada para el culto de los afectos. Mis diálogos sostenidos con el Llanero, durante dos días, me revelaron muchas cosas de importancia que no sospeché siquiera en los seis años de aprendizaje en la Universidad Central. Con razón decía el célebre Presidente Garfield, que él no consideraba armado para las luchas de la vida, al joven que salía graduado de una Universidad y no sabía poner el freno a un caballo.

Ni los jóvenes deben creerse de condición superior porque vayan ascendiendo y se sientan como con alas, ni los viejos deben desconfiar de sí mismos, abatirse y creerse en las cercanías de la noche donde impera la tristeza y la soledad. El viejo y el joven se complementan en el escenario de la vida. Los jóvenes deben decir, con Amós de Escalante: "nunca desordenados ímpetus conducen al logro de las cosas, al cual se ha de ir con prudencia y resolución, mas nunca con violencias que ciegan los ojos y desatinan el pulso"; y los viejos deben protestar con sus hechos contra los falsos conceptos de Montaigne:

"¿quién vió nunca vejez que no alabara el tiempo pasado y censurara el presente descargando sobre el mundo y las costumbres de los hombres las miserias de su tristeza?"

Los extremos son viciosos y no crean nada estable ni agradable. Hay espíritus grandes y luminosos que como una corriente de fuego pasan iluminando, y al propio tiempo causando estragos. El poeta inglés Carlos Swinburne tenía gran talento y sensibilidad, pero era un espíritu sin calma y no supo pintar los dulces encantos del amor noblemente sentido, sino la fuerza brutal de las pasiones bestiales exaltadas, cuando habló de sus más profundos afectos. Suprimida la ternura de la vida se destruye el más dulce imperio de los corazones. Medítense los conceptos del poeta inglés: "pluguiera a Dios que mis labios inarmónicos no fuesen más que labios colgados a los encantos acardenalados de tu blanco y flagelado seno; que en vez de nutrirse con la leche de las musas, se alimentaran con la dulce sangre de tus ligeras heridas . . que pudiera beber tus venas como vino y comer tus senos como miel; que de la cabeza a los pies tu cuerpo se anonadara y consumiera en el fuego del amor, y que tu carne se absorbiera con dolorosos estremecimientos

en la mía." No arranquemos la flor de la belleza, pudorosa y buena, para sustituirla con la flor sin aroma de deleites desenfrenados.

Ni juventud ni vejez cuando tales palabras signifiquen separación, falta de afecto, dañando el concepto armonioso de la vida y la ley de la solidaridad. Razón tuvo aque mago de la palabra, que llena su estilo de dulzura, encanto y luz: razón tuvo nuestro insigne Díaz Rodríguez para decir al público: "Cuando el joven y el viejo habitan el mismo plano superior del espíritu, la reacción se resuelve en tolerancia, en buena paz, en provechoso respeto mutuo. Ambos, el joven y el viejo, saben que la luz que poseen baja de un ápice, de una misma pirámide, del ápice mismo de la vida; y por tanto, saben que la luz que esplende con fulgor matutino en la frente del que sube por la vertiente de la aurora es hermana gemela de la luz que se posa y agoniza en la frente del que ya se despeña por la vertiente del ocaso".

"El entusiasmo, la fe y la esperanza misma no son forzoso atributo de la primera edad, patrimonio exclusivo de la juventud, pues de igual modo pueden llamear bajo la procera nieve senil que dentro del alma ardiente de un joven."

Tiene razón el ilustre pensador que tanta honra da a la Patria por el prestigio de su genio. Hay almas que viven en una eterna juventud, en cuerpos lacerados por los infortunios y los años: "la edad es un mal voluntario que no es del todo inevitable. No es una cuestión de datos y de aniversarios, es un asunto de tendencias naturales y de disposiciones. Poco importa la edad del cuerpo, si la inteligencia, las emociones y los instintos permanecen jóvenes. La juventud no es un período de la vida, sino una cualidad, un rasgo de carácter, un estado del alma". Así lo dijo una mujer célebre, para quien no existió la vejez sin alegría y graciosa juventud.

Don Rufino Cuervo refiriéndose a la belleza del estilo y al discreto estudio de los escritores antiguos, resumiendo ideas, se expresó así: "lo mismo que en la vida humana-cada edad de la lengua puede tener su hermosura y su nobleza: tales ancianos hay que no tienen que envidiar los rizos de la juventud, y se captan el amor de los que se les acercan con una afable gravedad y un aseo decoroso".

Resumiendo los conceptos de Montalvo acerca de los jóvenes y de los viejos podemos decir con él: "Viejos incautos, viejos malé-

volos, viejos agresivos, son mozos desvergonzados a quienes conviene reprimamos en favor de las buenas costumbres. Los que en medio de los vicios y las malas obras alegan sus años como carta de inmunidad, no tienen en la memoria las leyes divinas, ni juzgan que las humanas les imponen obligaciones... Asimismo a los viejos, en cuanto seres añosos, les obligan más fuertemente la cordura y la mesura. Viejo que se pierde el respeto a sí propio, no es acreedor al de sus semejantes. ¡Oh ancianos, sed dioses en la tierra, sedlo por el ejemplo del bién y la práctica de las virtudes, y no pasaremos por vuestro lado sin descubrirnos, como ante la sabiduría encarnada en cuerpo venerable!"

La humanidad debe marchar en calma sin obedecer a prejuicios y sin creer que no adelanta, sino derribando el presente. Esto es desconocer las leyes inevitables de la vida y las enseñanzas de la razón y de la experiencia. Siempre será beneficiosa la cultura, el ideal, noble estímulo, el trabajo, garantía de bienestar y de progreso, el estudio, luz y civilización, y la confraternidad, respeto a la justicia y apoyo mutuo entre los hombres.

Visitas al Cementerio

En la Cruz murió el Hombre en un sólo día, pero es necesario aprender a morir en la Cruz todos los días.

José Martí.

Hace ocho años que mi visita dominical al cementerio constituye el mayor anhelo de mi alma. Desde el amanecer del domingo pienso en las dulces angustias de mi crucifixión al clavar mi mirada y llegar con mi pensamiento al hueco de la tierra, donde reposan las cenizas de mi Lilian. Verificada mi visita, esparcidas flores en la tumba de mi amor, me siento feliz porque he dado a mi corazón los consuelos que pedía: en ciertos instantes de la vida el dolor es rayo que descarga las pesadumbres del espíritu: el dolor sublime, inmaculado, se adueña del espacio infinito: es soplo divino que recorre los cielos y así como

las almas que se aman se buscan, al fin se encuentran el dolor y la felicidad, aminorándose el dolor para que el alma pueda obtener la tranquilidad celeste de la paz interior.

La resignación es el heroísmo triunfante que se impone al temblor mortal de los nervios: es la fuerza redentora que la naturaleza misericordiosa pone en acción dentro de nosotros mismos: es un mandato divino que el hombre puede cumplir elevando inteligentemente su pensamiento. ¡Oh! inmenso y cruel dolor que así como conviertes mi alma en mortal melancolía, en cambio me ¡has enseñado que en la pequeña y miserable entraña del corazón, sublimemente puede caber y cabe toda la grandeza y hermosura del amor! ¡Oh! dolor bendito! eres necesario para la explicación de la vida, del cielo y de Dios.

Pasados los instantes más dolorosos de mi visita, vuelta la tranquilidad a mi espíritu, me apoyo a la reja inmediata de la tumba de mi hija, y principio a mirar el cementerio, aquel lugar triste con sus pinos y sus mausoleos, y a los que llegan a rendir tributo de afecto a sus seres queridos, y a los que regresan pensativos y afligidos oyendo que el amor les dice ¿por qué os váis y no permanecéis aquí para siempre, donde está lo que os fal-

ta; aquí, dondc vuestros corazones aman mejor y se siente más de cerca a Dios? No es únicamente el domingo la romería de los que llegan y de los que regresan: es de todos los días, desde el amanecer hasta que se inician las sombras de la noche. Cada tumba advierte que la vida es una sombra fugitiva. En tan triste lugar como en donde quiera que se agiten seres pensantes, oscila la existencia entre el amor y el dolor, porque el uno casi siempre es inseparable del otro. ¡Oh! Dios inmenso! cómo transformas por modo interminable en el oleaje de los siglos por donde va la humanidad, el amor en dolor y el dolor en amor.

¡Qué de reflexiones tan variadas acuden a mi pensamiento frente a la tumba de mi hija, mirando a los que llegan y a los que regresan, al considerar que así como yo a cada mirada sobre la tierra que me guarda los despojos de mi "Tesorito", siento mi corazón partirse, así cada uno de aquellos tristes peregrinos sentirá en el corazón lo que he sentido en el mío! Despierto he soñado que las almas navegan por un mar de melancolía infinita, y que una lluvia de lágrimas, delicadas, tiernas y purísimas lejos de descender sube al cielo como oblación a Dios.

A veces en el triste lugar me abstraigo de todo lo que acontece en él, y sintiendo mi dolor y recordando los encantos de mi hija, acuden a mi pensamiento ideas de almas que debieron sufrir mucho o que ahondaron extensamente los misterios del dolor, y me digo interiormente muchas cosas, y mis propias palabras mentales suenan en mis oídos como si me las dijeran otras personas, y es que verifico una evocación de cosas leídas o que me fueron narradas en días en que sin vivir, viví muriéndome. Oigo la voz de un escritor oriental y digo con él: "Dulce es la mágica mano de la muerte, gran consoladora del universo, profundo y sin ensueños es el sueño en sus brazos que jamás se rinden". Leo escrito en una tumba de un cementerio de París: "En dónde será algún día el último descanso del fatigado peregrino? ¿Será bajo palmas, en el lejano mediodía? ¿Será bajo tilos, a orillas del Rhin? ¿Será tal vez en un desierto, sepultura abierta por extrañas manos, o en tranquilo sepulcro, en la arena de la playa del mar? Siempre me ha de cubrir el cielo de Dios, allá o acá, y, como lámparas mortuorias, siempre brillarán sobre mí las estrellas de los cielos". Veo en una tumba del cementerio de Maracaibo el siguiente epitafio:

Angel! lo quiso Dios, y alzó su vuelo,
no preguntes por el dolor del hombre,
porque hay dolores que no tienen nombre,
por más que un ángel se remonte al cielo.

Kempis me alerta y me recuerda que: "Los días de este mundo son pocos y malos, llenos de dolores y angustias, donde el hombre se ve manchado con muchos pecados, enredado en muchas pasiones, angustiado de muchos temores, ocupado con muchos cuidados, distraído con muchas curiosidades, eomplicado en muchas vanidades, envuelto en muchos errores, quebrantado con muchos trabajos; las tentaciones lo acosan, los placeres lo afeminan, la pobreza le atormenta." Juan Montalvo, me advierte que: "El ir y venir continuo de la vida no es sino un zozobrar horrible, en el cual todos los días son vísperas del naufragio; y, quién lo creyera, el día del naufragio es el primero de la felicidad, supuesto que la tumba es campo de paz y de olvido." De Augusto Ferrán recito la siguiente estrofa:

Eso que estás esperando,
día y noche y nunca viene,
eso que siempre te falta
mientras vives, es la muerte.

Y oigo exclamar al poeta Agustín Silva Díaz:

En las lobregueces de mi hastío,

Mi corazón es un sepulcro frío,
Donde reposan mis amores muertos.

Con el corazón herido y sacudido por el dolor, me digo con Rafael Pómbo:

¡Qué suplicio mayor que el de la vida
Sabiendo ya, con honda certidumbre,
Que su parte de dicha está vivida
Y todo lo que falta es pesadumbre.

Qué de cosas conocidas y desconocidas advierto. Mi cerebro se convierte en torbellino y adquiere fuerzas para evocar visiones subconscientes y problemas misteriosos. Durante estos soliloquios en que parece que mi cuerpo quedara inerte y mi espíritu emprendiera largos viajes, es mucho lo que siento y es mucho lo que veo. Cuando vuelvo en mí, la realidad me habla, y de nuevo observo el ir y el venir de los amigos de los muertos.

Hace tres días falleció el señor Guillermo Hernández M., quien hizo del amor a su madre muerta, una hermosa vida: le dedicaba toda la mañana de los domingos, y recorría una y otra vez el cementerio volviendo a la tum-

ba amada, y sin abandonarla en su amor, llevándosela en su mente, regresaba al hogar. Este buen hombre me conoció al borde de la tumba de mi hija, anonadado por la tribulación, se compadeció de mí, y durante varios años en cada una de sus visitas al cementerio colocó sobre el corazón de mi hija muerta, donde se unen los brazos de la cruz de hiedra que cubre su tumba, una ofrenda de claveles. Desde este domingo no lo encontraré, pero en mi nombre y en memoria del sér a quien amo más todos los días, llevaré claveles a la tumba del hombre ejemplar, que por los rasgos de su noble corazón, algunos de sus íntimos llamaron en vida "compañero de los muertos".

Razón tuvo un notable escritor inglés para afirmar que: "la muerte de un sér querido es el único dolor del cual rehusamos divorciarnos. Buscamos curar toda otra herida; buscamos olvidar toda otra aflicción; pero consideramos un deber mantener abierta aquella herida, así como acariciar con tierna solicitud aquella aflicción".

Para la razón del hombre habrá siempre un límite por más que la ciencia le descorra hoy un velo y mañana otro: la razón es una fuer-

za visual y como fuerza tiene alcance determinado porque así lo requiere la propia naturaleza. El sentimiento puede traspasar los límites de lo finito, porque no obedece a ninguna ley positiva: es algo divino con que la bondad de Dios quiso enriquecer el frágil vaso de barro que forma nuestro cuerpo. De nada le sirve al hombre mirar con altanería las leyes ineludibles de la vida. El destino inexorable se cumple y debemos sembrar encantos para recoger bellezas y no amarguras. Los que hemos hecho gran parte del viaje, debemos decir con un autor contemporáneo: "Crece ¡oh! vejez conmigo. Todavía está por venir lo mejor de los últimos días de la vida para los que se hicieron los primeros. En sus manos tiene la oportunidad quien dice: tracé un plan completo del que la juventud sólo mostró la mitad. Confío en Dios y no temo".

Comentarios al Código de Procedimiento Civil

Por el Doctor Arminio Borjas

El autor de estos comentarios es hijo del doctor Pablo Borjas. ¿Quién fué el doctor Pablo Borjas? Fué un hombre notable por varios conceptos: era de presencia atrayente y respetable, culto e ilustrado en su conversación, escritor de riqueza imaginativa, de dicción esmeradamente castiza, ciudadano de virtudes cívicas, y en el hogar con sus ejemplos y consejos modelador de familia honorable. Este distinguido compatriota falleció en pleno vigor de la vida, cuando su talento e ilustración aleccionados por las enseñanzas de la experiencia, eran ya como rica cosecha de opimos frutos, sobre todo en los dominios del foro, donde el doctor Pablo Borjas sobresalió por las preclaras condiciones con que ejerció su profesión: representó dignamente la probidad en acción; supo apreciar la fuerza de sus contrarios y atinaba en el flanco por el cual con más facilidad podía rebatir sus argu-

mentos, destruírlos y vencer: dispuso de palabra fácil, a la cual daba la energía y vibración que reclamaban las circunstancias: conoció el arte del bien decir, y estimó la emoción del placer producida por el sonido, como fuerza delicada y al propio tiempo poderosa para fijar la atención y predisponer a la persuasión y al convencimiento. Además de tan valiosas excelencias, tuvo mirada rápida y certera para reducir las cuestiones jurídicas a sus verdaderos puntos primordiales, sobre los cuales descansaba todo el peso de su elocuente dialéctica: como el mecánico qne no pierde golpe para empujar una pieza hasta vencer la resistencia opuesta, así iba él con el verbo de su decir, limpiando y llenando de luz el campo donde libraba las batallas del pensamiento. Hombre de tales facultades comprendía que las palabras de más como las de menos en toda clase de escritos, constituyen el grave defecto de oscurecer los pensamientos y de hacer desagradable la labor intelectual efectuada. Son modelos de claridad y de tecnicismo jurídicos los escritos del doctor Pablo Borjas: tuve ocasión de leer una difícil partición hecha por él, y había en ella tal precisión en sus términos, tal facilidad para comprenderla, que ella misma contenía

la mejor demostración de que se había atendido a los reclamos de la equidad, sin lesionar los mandatos del derecho estricto: por su sabio laconismo en la redacción de escrituras era compañero del inolvidable doctor Elías Michelena: en sus informes tenía el vigor, el fuego admirablemente luminoso de nuestro doctor Cristóbal L. Mendoza, quien con frecuencia parecía que manejaba la pluma con que escribiera Baralt.

¡Qué mucho, que hijo de tal progenitor, abra con sus esfuerzos sendas luminosas y culmine como campeón insigne en los estrados de las ideas y en las regiones del Derecho! La obra emprendida por el doctor Arminio Borjas, realizada en parte, es de aquellas que constituyen perdurable y alto pedestal, sobre el que aparecerá el autor ante la posteridad con título suficiente para que las generaciones de lo porvenir levanten el pensamiento a la evocación de las grandes y fundamentales ideas que inspira el recuerdo de los pensadores ilustres.

Con la lectura de los tres volúmenes, publicados he comprendido que el doctor Arminio Borjas tuvo larga e inteligente preparación para escribir su obra. El naturalista

que estudia un valle en todas sus partes, sin omitir punto alguno, examinando el terreno, la vegetación, los manantiales y hasta las gotas que como perlas lentamente se desprenden de las grietas de las peñas, cuando sube a la montaña, y asciende y asciende, a cada nuevo horizonte que surge, más confuso mientras más larga es la lejanía, más clara se le hace la visión del valle, porque para la inteligencia la evocación de los hechos pasados a la luz de la reflexión, es volver a sentir y a vivir lo sentido y vivido, en mejor y más agradable condición. El que enseña y sabe lo que enseña, habla con facilidad y hace cuando quiere, débil o fuerte, sencilla o compleja, la trama de sus ideas: el que escribe sobre asuntos que intelectualmente ha dominado, presenta al lector caminos fáciles y hace su labor amable y útil. Penegirista de la obra del doctor Borjas será cada uno de sus lectores. Es posible que alguno o algunos de ellos le encuentren deficiencias, y lo raro sería que tal cosa no aconteciera, pues el mundo ha sido y tendrá que ser siempre entre los hombres campo de controversias, y por otra parte, en toda sabiduría humana hay errores y de las manos del hombre no pueden salir obras perfectas.

Terminaba de leer el notable libro de "Principios Fundamentales del Procedimiento Civil y Criminal", del doctor Santiago López Moreno, editado en Madrid en 1901, cuando recibí el primer volumen de la obra del doctor Borjas. Estaba preparado para su estudio por las doctrinas expuestas por el autor así como por las de los tratadistas extranjeros, citados con oportuna erudición por el doctor López Moreno, pues por lo que respecta a nuestra propia legislación, Sanojo, Feo, Domínici, Ochoa, Arcaya, Zuloaga, P. M. Reyes, Pietri, h., y las numerosas monografías de abogados y de jóvenes al doctorarse, suministran abundante y rico material para examinar y apreciar en su valimiento y trascendencia la meritoria y alta empresa acometida y felizmente continuada por el doctor Borjas, quien no rehuye los asuntos oscuros debatidos contradictoriamente por los Maestros y por el contrario el perspicuo jurista se complace en llegar a aquellos con tranquila mirada intelectual, y discierne y compara, y establece conclusiones suyas que satisfacen porque están fundadas en estudios conscientes, sin olvidar que hasta los principios de la ciencia jurídica sin dejar de ser los mismos en su esencia, no son aplicables indistintamente en ca-

da país. El autor no se limita a exponer en los casos que así lo reclaman las ideas doctrinales de los Maestros más sobresalientes antiguos y modernos, extranjeros y nacionales, sino que a veces hombreándose con ellos los rebate para precisar porqué en nuestro derecho proce-al no son aplicables las prácticas de otros países, o las consagradas en nuestra jurisprudencia. En la obra resalta el atinado conocimiento que tiene el autor de las decisiones de la Corte Federal y de Casación y de las leyes locales de los Estados: el membrete de cada capítulo, es una sipnosis amplia, que evidencia que nada se escapa al sagaz comentador, y los puntos consignados en ella, todos los trata a fondo y a veces para esclarecerlos con más intensidad acude al poder de los ejemplos, que por sí solo llegan ligero y con éxito a la inteligencia despertando en ella la convicción. Siempre que alguna disposición de nuestra Ley Procesal Civil se relaciona con el derecho extranjero o con principios del Derecho Internacional Público o Privado, la cstudia bajo esta faz y ahonda y agota la materia, previendo los casos y sus consecuencias remotas en las relaciones de las Entidades Nacionales.

Leyendo los comentarios del Código Civil

francés por Laurent me dije en varias ocasiones, ¿cómo es posible que esta disposición legal que parece tan fácil y clara, comentada analíticamente, ofrezca tantas y tan numerosas oscuridades y dificultades? Es que en ciertos asuntos la generalidad de los hombres apenas vemos lo que hay en la superficie, porque las verdades a semejanza de los árboles, tienen como un ramaje de ligera luz exterior, delineamientos más vigorosos de luz a medida que se baja del ramaje, y fuego intenso de esplendor sublime, en la base, en el origen solamente conocido de los escudriñadores geniales. Parece a veces mentira que Laurent hubiera podido profundizar tanto en el alma de las ideas: al calor de su genio todo se esclarece y casi se ve: asistimos con él a la marcha triunfal del espíritu humano en todas las evoluciones de su historia: a la formación y cristalización del derecho en sus diversas formas: a la vida comercial íntima, detallada de los pueblos antiguos en las relaciones que entre sí cultivaron: al movimiento religioso de los espíritus visto con altos relieves en los horizontes de los diversos tiempos, en las corrientes de la vida emotiva y en las manifestaciones de los anhelos y sentimientos.

De poco serviría la ley sustantiva, no obstante señalar y fijar el derecho positivo, sin las formas procesales que dan a aquella vida real en las relaciones sociales. Ante los Magistrados judiciales, el abogado que conoce a fondo el procedimiento, sabe pedir legalmente, reclamar en su oportunidad, y nota al instante cuando el sentenciador ha omitido un trámite esencial de forma o infringido la Ley. No crea tinieblas en los litigios en que interviene, no acude a los subterfugios de la ignorancia que generalmente es desacertada y vanidosa, no interpone apelaciones ineficaces, ni acude al recurso extraordinario de casación para denunciar artículos como infringidos, por el mero capricho de seguir sosteniendo las propias ideas sin abrigar convicciones íntimas de seguridad científica y moral. Es cierto que el abogado ilustrado y estudioso puede extraviarse hasta creer profundamente convencido que la causa que sustenta es conforme a la verdad, no siéndolo, pero también es cierto que el instante propicio para salir del error está cerca de todo el que estudia sin prejuicios con el anhelo noble y generoso del triunfo de la justicia. El abogado debe prevenirse contra sí mismo y recordar con Pascal que cada hombre se cree en pose-

sión de la verdad y con la Bruyere, que las cosas humanas son unas cuando nos interesan, y otras cuando nos desagradan o molestan. Si tales peligros cercan al abogado inteligente, honrado e ilustrado, cuáles peligros no cercarán al abogado ignorante, presuntuoso y capaz de aventuras. Las formas del procedimiento son eficaz garantía para la sanción de la justicia: sobre ellas descansa la seguridad social y los Magistrados Judiciales que más se cuidan de seguirlas, sin omisión alguna, son verdaderos guardianes de los intereses públicos y privados. Para la correcta aplicación de nuestro derecho procesal civil, será de grande utilidad la obra del doctor Borjas.

Nuestro compatriota, que ha platicado largamente, por modo especial, con Laurent y con Mattirolo, sabe que no se comenta con provecho si el comentador busca una tangente para huir sin que lo parezca, de los arduos problemas, y por ello ha querido en su obra dejar particularmente a sus colegas y a los jóvenes estudiantes de derecho, un arsenal ordenado de estudios donde acudir a esclarecer puntos dudosos, a oir en primer término la doctrina de nuestros Maestros y la de los Expositores extranjeros. Es obra trascendental

la del doctor Borjas, y como abogado y su amigo me complace su triunfo. El erudito prologuista doctor Enrique Urdaneta Maya en elocuentes conceptos perfila la sobresaliente personalidad intelectual del autor, haciéndole justicia.

Ya el doctor Borjas terminó la publicación de su obra. Consta de seis volúmenes que ocuparán lugar de honor en las bibliotecas de los juristas, y pregonarán en los anales de nuestro Foro la sabia labor de un abogado inteligente.

Notas de Viaje

MI PRIMER DIA EN PARIS.—SEGUNDO DÍA.—NEBLINAS.—SALIDA EN TAXI.—LOS GRANDES BULEVARES.—LA TUMBA DEL "SOLDADO DESCONOCIDO."—LA BANDERA DE MI PATRIA.—RECUERDOS HONDOS E INTENSOS.—EL ARCO DE TRIUNFO.—AMABILIDAD FRANCESA.—EL SENA.—LA TORRE EIFFEL.

Cuando el cuerpo quiere hablar para pedir descanso, el reposo se impone y la quietud es bálsamo confortante. Salí de Caracas enfermo, y aunque el viaje por tranquilo y feliz fué como medicina certeramente aplicada, las noches sin dormir a causa de ligero mareo producido por el natural movimiento del barco, aumentaron mi malestar y excitación nerviosa. Terminado el viaje y pasado en reposo el primer día, llegada la noche y venido el sueño con apremio de vencedor, cerré prontamente mis ojos y sentí la felicidad repara-

dora de dormir en tierra, en el blando regazo de un lecho parisién. El amanecer del segundo día fué preludio de bienestar general: tenía alegría espiritual y mi cuerpo sin dolencias. ¡Qué felicidad tan grande es una noche apacible con sueño reparador, suficiente a dejar el pensamiento en paz, reposado en sí mismo!

No pude ver a París y quería mirarlo. Un manto de neblina invadía y cubría la ciudad. Parodiando a uno de nuestros más insignes escritores, dije: ¿Por qué tan pálidos y tristes estos pálidos y tristes días de París? Baja del cielo a la tierra intáctil blancura que no permite ver lo que tenemos ante nuestros ojos· Parecen días viejos, de quietud mortal, en los cuales la melancolía de recuerdos también tristes comunicara frío y debilidad a los ensueños del espíritu. Tales fueron mis primeras impresiones cuando descorrí las cortinas de la ventana de mi cuarto, pues quería por entre sus cristales contemplar a la ciudad amada desde mi juventud.

Olvidé que la tristeza del invierno es concentración de vida para hacer revivir lo bello con más belleza y lo hermoso con más hermosura. También la naturaleza descansa para reponer sus fuerzas y alzarse en la primavera, arrullada con los encantos de la voz del

amor eterno, resonando en las flores que se anuncian, en los matices de las hojas, en las nuevas músicas de las aves, en el ambiente cargado de aromas y en la luz color de púrpura que resplandece en el palacio de los cielos.

También olvidé que no hay cosa más socorrida que un día tras otro, y que la naturaleza como Diosa de suprema hermosura no soporta sino transitoriamente el bochorno de su propia tristeza. Las mismas neblinas son indispensables para los cambios de decoración: la mañana triste, lluviosa y fría, y el mediodía, claro, alegre, con besos de sol dorando los tesoros artísticos de la ciudad tan digna de agasajos luminosos. A veces la mañana hermosa y la tarde triste: a veces días con neblinas, y días claros, dulces y soberbios, como dicen aquí: a veces las neblinas tan sumamente débiles que no impiden la presencia del sol, ni que su luz resplandezca en calles y edificios: a veces el frío es grande, cortante: a veces, apenas sensible y agradable porque no vence el calor del abrigo: en suma, el invierno en París, es fácilmente soportable y ofrece días espléndidos, con fisonomía casi tropical. La temperatura se ha conservado sobre cero, y el tráfico, y la vida y las alegrías y el trabajo,

forman armónico torbellino; y los bulevares conservan su incansable movimiento de luz, de alma y de belleza: aquí todo es artístico, porque el sentimiento del arte está en el ambiente y se le recibe en el primer grito de dolor con que se saluda la vida. Tal ha sido la fisonomía dominante del invierno que he pasado en París. En este mismo mes hemos tenido noches alumbradas sugestivamente por el pálido Sol, amigo de los corazones enamorados.

Después del segundo día de mi llegada, salí en taxi, por la noche, a recorrer especialmente los grandes bulevares. Sentía en mi espíritu la urgencia de ver a la ciudad soñada. Apenas me encuentro en la calle principio a observar la rapidez conque marchan las muchedumbres en distintas direcciones: la vida no se malgasta, cada parisiense es un elemento constructivo del gran todo: no son caudales que se pierden en la esterilidad del vacío: son fuerza, luz y belleza que se esparcen y se unen en medio de un reguero de maravillas. Así pensaba cuando me sorprende un mar de luz y oigo el trajinar de incontables vehículos, y miro a derecha e izquierda, en aceras de 16 metros de ancho, multitudes agitándose en su marcha en un oleaje permanente. Estaba

en los Grandes Bulevares: estaba en el corazón de París: iba a sentir sobre mi pobre corazón los latidos de aquel corazón inmenso, que atesora la mejor alegría y la mejor belleza del mundo: así me lo decía aquella sucesión de vitrinas llenas de objetos preciosos y encantadores, y aquella sucesión de artísticos edificios que hablan a los ojos llamándolos para que gocen.

En mi segunda salida me dirigí a la tumba del Soldado Desconocido, situada debajo del Arco de Triunfo. No obstante ser sencilla la tumba es sublime la emoción que produce. No la caracteriza ningún monumento sobre la tierra: dejaría de ser símbolo inmaterial y divino del sagrado culto de la Patria. La tumba es una plancha de pulido acero, debajo de la cual reposan las cenizas de un soldado. De un extremo de la plancha brotan constantemente en ondulante agitación pequeñas lenguas de fuego. Más allá de las lenguas luminosas, un trozo de mármol blanco con una inscripción tan sentida, que agita el alma. No faltan abundantes flores, renovadas día por día, por manos cariñosas.

Allí ví la Bandera de mi Patria al lado de la Bandera Francesa. Nuestro Ministro, el distinguido Diplomático Simón Barceló, había,

el 9 de Diciembre, fecha centenaria de la Batalla de Ayacucho, en acto solemne, honrado por altos dignatarios franceses, pronunciado un discurso al ofrendar una corona adornada con la Bandera Venezolana en la Tumba del Soldado Desconocido. En aquel admirable lugar, mirando con amor especial la Bandera de mi Patria, la emoción llenó mi alma de hondos e intensos recuerdos, y le dije al Guardián de la Tumba: "me permite usted tocar la Bandera de mi Patria y tomar dos o tres violetas de los ramos que están debajo de ella?" No solamente me dió el Guardián el permiso pedido, sino que tomó un ramito de violetas, y con frase digna de un francés, me lo obsequió. Lo puse cerquita de mis ojos, lo besé y lo pasé a mi esposa diciéndole: "guárdalo con cuidado y con cariño, porque viene de la más alta cumbre del heroísmo y ha sido tocado con la Bandera de nuestra Patria". Oh! emoción inefable! ¡Oh Patria mía, con cuánta dulzura vibró tu recuerdo en lo más hondo de mi corazón! Me sentí poseído de algo extraño y sublime: viajaba en cuerpo y en espíritu por un mundo de gloria, no obstante permanecer inmóvil en estado de contemplación. El medio ambiente había purificado mis sentidos. Vuelto en mí, pude levantar mis ojos de aque-

lla Tumba y miré el Arco de Triunfo y leí entre los 386 Generales cuyos nombres como soles de gloria lo engalanan, el de Francisco de Miranda, hijo de mi Patria. Sobre aquel nombre clavé mis ojos, y mirándolo y mirándolo, me dije: ¡qué ocasión tan propicia para volver a mirar la Bandera de mi Patria, que considero aquí ofrenda propiciatoria a la memoria de su autor, precursor de nuestra Independencia. Me sentía con mi alma limpia de las pequeñeces humanas, y me parecía que el nombre de Miranda estaba mucho más alto de la altura que tenía en el artístico muro donde el genio humano con líneas de belleza había esculpido con soles un monumento a la gloria. No me equivocaba: estaba más alto: estaba en la conciencia humana: estaba en la región ideal donde la libertad es el empíreo a donde se dirigen con majestuoso vuelo las más grandes almas.

Me detuve un poco y me puse a observar las doce grandes avenidas que parten del Arco de la Estrella, doce caudalosos Amazonas humanos, a cual más grande, con crecientes diarias y primorosa exposición de vida en sus corrientes.

De allí salí a conocer mejor el Sena, a recorrer sus encantadoras orillas, y me detuve

donde está la Torre Eiffel; dirigía miradas al Sena y me abstraía el sosegado curso de sus aguas, y levantando mis ojos para contemplar la torre de 300 metros de altura, la toqué, me aparté y la miré de nuevo. Volví a la orilla del Sena, ví un vaporcito que subía, y al alejarme me dije interiormente: adiós bello río, pronto contemplaré una vez más tus encantadoras riberas.

El Viejito Pacheco

CLARIDAD DE SU ESPÍRITU.—TERNURA DE SU CORAZÓN.

15 de setiembre de 1915.

¡Qué hora tan amarga fué para mí el anochecer de este día! Mi Virgencita, que con la luz de sus ojos me hacía aparecer más bellas las claridades de cada nueva aurora, los tenía para siempre cerrados. Han transcurrido algunos años, y la veo próxima a dejarme, con su blancura de lirio, dormida con la placidez de un ángel, entre flores esparcidas alrededor de su cadáver.

La mañana de este día, para mí lleno de tribulación, fué alegre y bella. Salí a pasear en compañía de mi Virgencita. Oh! naturaleza ciega, cómo acrecientas con tus esplendores el dolor de almas que locas sueñan hasta con la muerte para escapar del infortunio que las devora! Oh naturaleza cruel, cómo de-

voras melancolías y te muestras soñolienta, envuelta en nubes grises, perezosas y sombrías, para provocar mayor intensidad a la amargura de las penas. La tarde del día en la cual dejé sepultada mi felicidad, con la hija tierna y amorosa, en el lugar donde duermen los que viven en otra parte y no vuelven, fué una tarde oscura, fría, y a intervalos, por modo casi imperceptible, la atmósfera se humedecía. Oh dolor! Oh! tristeza, ¿por qué nos dejas con vida, cuando la vida nos oprime como la mayor desgracia, y anhelamos la muerte, como libertadora, y como acercamiento a lo inmortal y eterno?

A las cuatro y media de la tarde del día 16 de setiembre de 1915, con el tesoro de mi felicidad en breves instantes perdido, salí para el Cementerio, y allí continuó para mí el sueño de mi ángel, siendo el bendecido lugar donde él reposa, altar mirífico, desde el cual me parece siempre verlo ascender, entre nimbos azules a la región del cielo.

A las dos días de enterrado mi Tesorito, volví al Cementerio, y de rodillas ante su tumba, la regué con mi llanto y hablé largamente con mi Dios. Luego, pareciéndome que no debía dejar sola a mi hija, que con élla estaba mi vida, y que allí, vivir hasta

morir, era encontrarla, resolví permanecer largo tiempo. Al fin, aletargado por mi pena, me apoyé en la verja de hierro de una tumba inmediata, sin darme cuenta de mí; el dolor triunfante convertía en silenciosos gemidos la postración de mi alma. Así permanecía, cuando el Viejito Pacheco se me acercó, diciéndome:

—Señor: ¿qué le pasa? yo estoy a sus órdenes.

Vuelto en mí, le dije—He venido al Cementerio a buscar una persona que me cuide con esmero y con cariño esta tumba, en la cual junto con el Angel que duerme en ella, estoy yo enterrado vivo.

—Señor: mi oficio es cuidar tumbas, y si usted hace confianza de mí, le cuidaré la suya como usted lo desea.

—No le contesté: le miré atentamente el rostro, traté de leer en sus ojos, observé que era un viejito pequeño, de cuerpo débil, y que por su actitud y modo de hablar, parecía humilde y revelaba bondad de espíritu.

—Señor: no vacile, crea en mi palabra, le cuidaré bien la tumba de su hija: comprendo su dolor y he pasado por él.

—Le agradezco su buena intención, y desde hoy queda usted encargado de lo que

yo más quiero y podré querer en este mundo. Diariamente, limpie esta tumba querida, cuide las flores que coloco en los floreros que he traído, y no les deje corromper el agua, para que durante toda la semana, los claveles, nardos y rosas, aunque sea en parte se conserven, hasta que sean renovados. Deseo que esta tumba siempre tenga algunas flores.

—Señor: el tiempo le dirá a usted, si cumplo lo que le he prometido.

Durante varios años el Viejito Pacheco, como le llamaban sus compañeros cuidadores de tumbas, fué para mí un leal servidor, noble, generoso, cristianamente compasivo. Me salía a recibir con afecto ingenuo, sencillo, y me hablaba de mis penas y de las suyas, para consolarme y darme esperanza y valor: y yo veía la tumba de mi hija brillante por el aseo, y lucientes sobre su cruz de yedra, algunas flores y también en los floreros. Aquel Viejito tenía compasión de mi dolor, quería aliviarlo y fué mi protector con la riqueza de su corazón en las horas más tristes que he tenido.

Un día quince vino a Caracas el Viejito, con el fin de cobrar su mensualidad. No me encontró, pero mi hijo César Virgilio le hizo el pago correspondiente. El domingo próximo llegué al Cementerio, observé que la tumba de mi hi-

ja no había recibido las ofrendas cariñosas del Viejito. Le espero y no viene, y salgo a preguntar por él, y uno de sus compañeros me dice: "falleció violentamente: le enterraron ayer". Un golpe rudo sentí en mi corazón, y ante mis ojos apareció el Viejito alegre y bondadoso como cuando vivía y salía a recibirme, con frases sencillas, cristianas y consoladoras. Después de permanecer algún tiempo pensativo, pregunté por la tumba del Viejito, y fuí a visitarla.

Ayer fué el aniversario del fallecimiento de mi hija: ayer de nuevo se abrieron mis heridas y manaron más sangre; ayer, en unión de mi esposa y de mis hijos fuí al templo de mi Dios, a comulgar y a orar por la dicha eterna de mi hija, y después nos dirigimos al Cementerio, todos juntos, a llevarle la ofrenda de nuestros afectos; allí cubrimos de flores su tumba, y entre sollozos, silenciosamente, repetíamos las plegarias que hacía la madre inconsolable; ayer no encontré junto a la tumba de mi hija, al Viejito que tántos bálsamos derramara sobre mi alma: le llevé flores a su tumba y mirándola me decía: él me consolaba haciéndome conocer la paz de su alma, la limpidez de su corazón, y su esperar tranquilo en las miseri-

cordias de la Eterna Bondad. ¡Con cuánto íntimo regocijo esparcí flores sobre la tumba del Viejito, y con cuánta gratitud hice a mi Dios, una plegaria por su eterna felicidad!

El Viejito Pacheco murió sin que yo supiera su nombre. ¡Qué importa esto! Acaso valen mucho las materiales expresiones humanas, cuando no son mensajeras de la luz, de las generosidades o ternuras del espíritu! El Viejito fué para mí un ángel bueno encontrado en el camino de mi tribulación cuando yo quería llenar el mundo con mi dolor, y estaba tan oprimido por mi desgracia, que no acertaba a dirigir mi pensamiento a Dios, que es el Unico verdadero consolador de los hombres; todo lo demás, alivia, calma, pero no cura los grandes dolores. El Viejito contribuyó a revelarme el buen camino; su recuerdo, como tesoro de felicidad vive en mi memoria; el Viejito fué un hombre honrado, pobre, pero vivió rico disfrutando de la paz de su alma. Poseía en espíritu las enseñanzas de Jesús, y su mundo interno era claro y hermoso, como su generoso anhelo de calmar mis terribles vacilaciones y penas.

Alabado sea Dios y bendecida la memoria de los hombres buenos.

Días Felices

En 1889.—Una bella casita.—Días alegres y felices.—Veintiocho años después.—El Dr. Andrés Sánchez Fuentes.—Un pequeñuelo de tres años.—Escena triste.—El Gobierno.—Amor venezolano.—El misterio en los horizontes de la vida.

En aquellos días apacibles y radiantemente claros de mi vida, en los cuales me consideraba por extremo dichoso y fuerte, porque satisfecho mi corazón, en plena juventud entraba a cruzar los mares de la vida con la compañera que hablaba a mis afectos los idilios de un amor tierno y delicado: en aquellos días viví en la Plaza del Panteón, en la casita marcada con el No. 89, hoy convertida en lujosa morada de dos pisos.

En el modesto nido de mis afectos cantaba el amor y no había sino esperanzas, por-

que la vida era un ensueño que crecía con el amanecer de nuevos días que guardaban el encanto supremo de la unión de dos almas en un destello de ellas mismas: la bendición de Dios vino a mi hogar, y un pequeñuelo hermoso y rubio fué la luz de los ojos de sus padres y el alma de sus vidas.

De esta casita inolvidable salí llevándome guardado como un poema de ternura: la veía siempre que mi espíritu sentía necesidad de algo encantador: era élla para mí el símbolo de muchos recuerdos felices, de una larga primavera de ilusiones. Anhelaba volver al sitio venturoso y gozar de la sombra bendita de aquel hogar en el cual los días fueron para mí, cariños del cielo, entre un paisaje bello y sugestivo: vivía entre árboles, la fresca sombra de ellos amparaba la pequeña vivienda, y desde sus ventanas miraba los jardines avileños y recibía el regalo de sus aromas. Crueldades del destino! A los veintiocho años mi anhelo quedó satisfecho: volví al hogar inolvidable; en su sala hablaban paramentos negros, ardían las luces con que se alumbra a los muertos y en ataúd cubierto con flores estaban los despojos mortales del doctor Andrés Sánchez Fuentes, quien en plena juventud fué sorprendido en el viaje de la vida

cuando más derecho tenía a gozar de ella, a beneficiarla en las grandes obras del corazón, dando el suyo todo entero a los pequeñuelos que en torno a él lucían cual lucen lirios a las orillas de las corrientes de cristales que bajan cantando de las selvas. Silenciosamente me hice muchas preguntas al descorrer ante mi pensamiento los veinte y ocho años transcurridos, con las lucbas, dolores y enseñanzas que siempre tienen los afanes de la vida: veía aquellas mismas auroras que alumbraron mi alma en bellos días de juventud: sentía el éxtasis de la emoción y abstraído, mimado por la felicidad, viajé al país del ensueño y gocé de un estado indecible de dicha. De esta quietud divina, en un instante desperté, y la realidad habló a mis ojos presentándome el doloroso cuadro que tan tristemente pregonaba lo incierto y fugaz de los destinos humanos.

Ya resuenan junto al ataúd las plegarias del Sacerdote, se extinguirá la voz de sus oraciones, y saldrá para la morada del silencio, dormido e inerte el batallador que prometía a lo porvenir, librar con éxito fecundas batallas.

Quise antes de alejarme ver con detención el oásis de mis nunca olvidados primeros

encantos y decir otra vez: adiós sitio venturoso! adiós paraíso que al través del tiempo presentas a mi espíritu las auroras de días que no tuvieron la melancolía de los crepúsculos vespertinos, porque fueron la dulce alegría de un cielo siempre adornado de suaves y plácidos celajes! Miro hacia el balcón que domina el patio principal de la casa, y quedan fijas mis miradas en unas tantas mujeres que allí había tristemente pensativas, y noto que detrás de la barandilla de madera situada frente al patio, sobre una silla, un pequeñuelo de tres años cuando más, con sus bracitos cruzados, inmóvil, pálido, revelando en su semblante aguda pena, abría y cerraba sus ojitos: luego con sus manecitas se tapó el rostro, volvió a su primera actitud y de vez en cuando alargaba su bracito derecho, y movía los deditos de la mano, como si a alguien estuviese llamando. ¡Qué sentía aquel corazoncito, apenas abierto a las primeras caricias de los afectos paternales! ¡Qué pasaba por aquella virgen inteligencia, inocente y pura como el pensamiento de un ángel! ¡Qué ideas imprimían en el rostro de aquel niño el dolor de un martirio supremo! Abandona su estado de quietud abatida, se alza sobre la silla, agita sus bracitos y prorrumpe en llan-

to; y cuando esto hacía, en hombros sale al corredor de la sala el ataúd cubierto con una cruz de hermosas flores. El niñito fué acariciado por una mujer, se le alejó del lugar que ocupaba: la numerosa concurrencia principió a despedirse, y luego, al compás de fúnebre marcha, en imponente procesión, salimos hacia el cementerio. En este acto el pueblo de Caracas acompañó al Gobierno a rendir homenaje cariñoso al distinguido diplomático que de lejanas tierras vino a las risueñas faldas del Avila, ya enfermo, a dar su postrimer adiós a la vida, lejos del dulce y adorable calor de la tierra nativa. No se cerraron sus ojos viendo el cielo de la Patria, pero al borde de su tumba vigiló solícito el amor venezolano.

Creo que el misterio es el astro que más alumbra los horizontes de la vida, porque cuando el hombre con el afán de inquirir, de profundizar por medio del estudio la esencia de las cosas, encuentra un linde insuperable, lo natural es que eleve la inteligencia y proclame la sabiduría de la Bondad Suprema: de ese Dios, que está en todas partes, y hasta sentimos cuando nos miramos al interior de nosotros mismos, y viéndonos con la conciencia

tranquila se nos encienden más los deseos de las dichas eternas.

He corrido últimamente temporales en los mares del dolor, y no soy, ni puedo ser indiferente a los infortunios ajenos; y por ello ofrendo sobre la reciente tumba del doctor Andrés Sánchez Fuentes, como tributo de cariño a su memoria, los recuerdos evocados.

- ——

Labios Rojos

"Era su pelo negro como una noche de pasión sobre la aurora de su cuello blanco.—Causinos Assens."

En Niza los encantos de tu belleza eclipsaron aquel privilegiado jardín y quieres que con flores de mi pobre huerto, adorne una página de tu precioso álbum: quien os haya visto y oído, excusará la temeridad de mi obediencia.

Un rayo de sol en viaje a la tierra encontró una Estrella triste y pensativa, y le dijo:

—"Estrellita, ¿en qué piensas? ¿por qué disminuyes la luz de tu belleza y tratas de ocultarte en la blanca soledad que te rodea? La Estrellita contestó:—"Rayo de Sol, dentro de mí cabe lo infinito: el anhelo de la felicidad llena el mundo y para todos los seres hay momentos felices: descansa sobre las al-

buras de mi pecho y sentiré el calor de un beso; vivo solita en esta blancura interminable del espacio y la soledad es hermana de la tristeza: tu presencia me alegra y el calor de tu vida me hará feliz." El Rayo de Sol acarició la Estrellita y le habló así:—"Piensas en la felicidad: haces bien: es inexplicable la vida sin horas de dicha: viajo en busca de un lugar pintoresco situado a la orilla del mar, entre flores y árboles umbríos: es un nuevo Paraíso: el placer me llama, voy a partir, envuélveme en tu blancura y te daré calor de mi luz y grabaré en tí líneas luminosas que te recordarán para siempre cuánto vale un momento de felicidad." Se oyó en el cielo la tristeza de un adiós, y la Estrellita quedó sola y el Rayo de Sol siguió su largo viaje: visitó las pálidas grandezas de los polos, las cabelleras verdes de altísimas selvas, recorrió mares, museos y huertos florecidos y llegó, al fin, a donde todo lo existente era como un ensueño de belleza y el amor un Cupido invisible que anduviera de corazón en corazón, divinizando la vida. En esta preciosa ciudad el Rayo de Sol sintió que se le encendía más el calor de su vida: se miró titilando como sobre una esmeralda al tocar las riberas del mar azul de la Costa de Oro; halló un nuevo cielo,

y al pasearse por sobre un manto de verdor embalsamado de aromas, y oir debajo una música de sonidos, reveladores de coloquios encantadores, vió Angeles nunca vistos. El Rayo de Sol encontró el Paraíso que buscaba, y alegre deslizándose por entre verdes hojas llegó a los labios rojos de una Deidad, gala de aquel paraje imaginado por el mismo Dios para superar las bellezas terrenales: en aquellos labios rojos el Rayo de Sol comprendió que los esplendores del cielo no igualan a las riquezas de un corazón, y que más grande que el espacio infinito es el dominio de una alma soñadora, joven y de vuelos divinos: el panorama del mundo pregona que el espíritu de Dios es poesía, belleza y amor: bien lo sabía el Aguila de Patmos cuando afirmó que Dios es caridad y la caridad es amor. Regresó el Rayo de Sol ufano del éxito de su viaje, y contó a la Estrellita lo que vale un beso en labios rojos de mujer enriquecida de alma y de corazón.

París: 1925.

Doctor Rafael Seijas

Al doctor Rafael Seijas Cook

El 7 de octubre de 1822 nació en Turmero el distinguido internacionalista. Venezuela puede ufanarse con las glorias que llenan sus anales, debidas a la selecta mies de hombres eminentes que por largo tiempo ha tenido: entre éstos, destácase reposada y magnífica, la personalidad del doctor Rafael Seijas.

Su vida fué prolongada lección de patriotismo, de experiencia y de sabiduría, trasmitida con la delicadeza de quien se paga a sí mismo los beneficios que hace, por el goce de contribuir al bien de los demás. Ciudadano abnegado, que sin aspirar a ninguna recompensa, con firme decisión consagró al servicio de a Patria el tesoro de su saber múltiple, admirable, extenso y profundo. En nuestros ana-

les fulguran en bellas páginas las riquezas de luz de sus ideas: sus trabajos históricos, amenos y útiles, exhiben con primor los hechos enarrados: su labor literaria de reconocida trascendencia para generalizar el amor a la estética intelectual, por la claridad, gracia y elegancia de su bello decir: su tránsito por Academias y Liceos, lo recordarán siempre sus meditados estudios: sus méritos de internacionalista insigne, están comprobados con numerosos documentos en nuestra Cancillería y con irrecusables autoridadss científicas, que consideraron provechoso sostener con él correspondencia, sobre arduos problemas relacionados con el Derecho de Gentes.

Conocía a fondo la índole y el alma de nuestro idioma: hay escritos suyos sobre asuntos graves, en los cuales no cayó en la balanza de la prudencia, ni una palabra de más, ni un concepto equívoco. ¡Qué pr cisión tan admirable para dar fuerza y luz al pensamiento, con el engranaje de las ideas! Y así como fué maestro en nuestro idioma, lo fué también en otras lenguas.

El mundo no existió para el doctor Seijas, sino visto al alcance del telescopio de la ciencia. Sus fiestas, sus amigos, sus horas felices, sus diálogos con lo desconocido, sus sen-

timientos hacia Dios, todo lo más hermoso de aquella fecunda y tranquila vida, generalmente acontecía en el salón donde él tenía su biblioteca, y se comunicaba con las almas de sus amigos predilectos. En la calle caminaba con reposo, sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda, sin perder tiempo en ninguna veleidad: su mirar, hacia adelante y su espíritu en las altas regiones en donde siempre habitó su pensamiento.

Del doctor Seijas se puede decir lo que el gran naturalista Buffon dijo de sí mismo: "nuestra voluntad es una fuerza que manda todas las otras, cuando nosotros la dirigimos con inteligencia." ¡Qué feliz el hombre que no obstante tener aquella divina sensibilidad que trajo la piedad al mundo y el amor para los seres débiles, según lo enseña preciosamente el poeta Lucrecio, supo dirigir su vida por la inteligencia y proceder sin pasiones, y llegar al término de la jornada, a morir, como se oculta el sol, poéticamente entre celajes luminosos!

La vida apacible del doctor Seijas, vigorosa y activa para dar luz, para enseñar con el ejemplo y para demostrar, como alguien dijo, que la Patria debe amarse por sobre todo el mundo y a los compatriotas por sobre to-

dos los hombres, vale la pena de recordar conceptos de un espíritu tranquilo y famoso, que amó a su Patria, con la ternura y abnegación con que un buen hijo quiere a su madre. Decía Washington: "antes que todo, la justicia y el honor, en las relaciones con los demás pueblos; el honor como la mejor política de las Naciones; el respeto a la ley, y el amor a la Patria; el interés común como superior al interés particular; y, sobre todo, el respeto a la Constitución, que es como la conciencia viva de la Nación." El doctor Seijas tenía en tan alta estima la Carta Magna de nuestros derechos fundamentales, que ella fué para él de tan valiosa significación, como la que pueda tener un libro piadoso para el alma encendida en amor místico, de una criatura entrañablemente cristiana. Daba gusto en la clase de Derecho Constitucional, el cariño con que el doctor Seijas sacaba de su levita o del fondo de su sombrero alto, la Constitución Nacional, y la colocaba, despacio, con suavidad, como queriendo demostrar reverencia, sobre la mesa situada frente al sillón donde se sentaba. Terminada la clase tomaba su amado libro, y con calma reverente, igual a la anterior, lo guardaba en su levita. ¡Qué hombre, y cuán austeras y magníficas sus ideas!

Hoy se cumplen cien años del momento feliz en el cual saludó la vida aquel egregio ciudadano que supo dilatar la fama de su nombre y legar a su Patria una memoria inmortal. Yo quiero sobre esa tumba ilustre decir con el gran trágico inglés: "dulce fué su vida, y los elementos de tal suerte en él se combinaban, que bien pudo orgullosa exclamar la Naturaleza: éste si fué un hombre."

"El Cenizo"

Animal raro.—Sus costumbres.—Vida metodizada.—Su asistencia a los espectáculos públicos.—Su prestigio en Caracas.—Hechos curiosos.

Existe en Caracas un perro que en cierto modo ha adquirido carta de ciudadanía, y salido de su condición a otra elevada, en la cual es mirado con amistosa consideración. Me refiero al perro denominado "El Cenizo", el cual tiene 89 centímetros de la cabeza al nacimiento del rabo y 59 de altura. Es gordo, con la cabeza chata, tiene cortadas las puntas de las orejas y son de color blanco los extremos de las patas y lo mismo el rabo. Sus ojos tristes, con los párpados de color rojo revelan por su estado lacrimoso, que los tuviera enfermos o que sus lágrimas fueran desahogo de un dolor profundo. No obstante esto, el as-

pecto de "El Cenizo" es importante, y muestra la dicha, aparente o real, de un vivir resignado y tranquilo.

Las costumbres de "El Cenizo" son muy raras: lleva vida independiente, a nadie pide, se respeta a sí mismo, ha asistido y asiste a los espectáculos públicos, a las fiestas sociales y a las retretas de la Plaza Bolívar. En la mañana duerme un rato en Las Gradillas y por la tarde generalmente en la esquina de La Torre. Se coloca a la orilla de la pared, recoge las patas y, tranquilamente, gozando de su prestigio, duerme sin ser molestado de los transeuntes. Por las tardes va a la Plaza Bolívar, se acuesta cerca de un grupo de contertulios, se levanta y se acerca a otro, espanta y corre los perros que entran a la Plaza,

Cuentan que este perro perteneció a un inglés que vivía en Caracas y falleció durante la pandemia, que acompañó el cadáver de su amo hasta el Cementerio, que permaneció algún tiempo cerca de la sepultura, donde dió rienda suelta a sus dolores en angustiosos ladridos, que con sus patas delanteras removió la tierra de la fosa, y al fin, lleno de tristeza y pesadumbre regresó a Caracas, a llevar vida de bohemio como dicen unos, o vida de filósofo, como asientan otros. No ha querido pertene-

cer a ninguna otra persona, acepta y agradece los cariños que se le hacen: a veces sale de la Plaza Bolívar acompañando a una de esas personas que lo quieren y agasajan, y al llegar al portón de la casa se detiene, mira atentamente a la persona que seguía, y regresa.

El día en que el señor William H. Phelps inauguró la reedificación del Almacén Americano, "El Cenizo" fué a visitar el edificio, recorrió todos los departamentos y sin ser molestado ni molestar, luego se retiró. Se celebró en Caracas con gran pompa social el matrimonio de un joven médico de notable nombradía, y "El Cenizo" oportunamente se colocó en el salón principal de la casa, esperó la llegada de la concurrencia y de los desposados, presenció las felicitaciones que éstos recibieron, y saliendo de su aparente escondite atravesó el salón y abandonó el lugar de la fiesta. Alguien tuvo la crueldad de causarle una quemadura en el cuerpo, y salió corriendo, me parece que para la Botica de Las Ibarras: allí lo curaron y continuó yendo todos los días hasta alcanzar su completa curación. Entra a ciertos botiquines donde le guardan alimentos, come y se retira. Varios jóvenes organizaron una fiesta privada, y algunos de ellos iniciaron una partida de poker. "El Cenizo" se apareció a la

fiesta, anduvo un instante por entre los jóvenes, dió una vuelta alrededor de la mesa donde jugaban al poker y regresó. Una señora, frente al Bazar Americano al bajar de la acera que es alta, resbaló y al caer sufrió una fractura en un brazo, y fué inmediatamente conducida en un coche a su casa. "El Cenizo" presenció la caída y a poco concurrió a la casa de la señora enferma, penetró hasta el comedor donde el señor doctor Emilio Ochoa examinaba la fractura, e inmóvil permaneció algunos momentos observando atentamente lo que ocurría, e instantes después se retiró. En la calle los chicos al encontrar "El Cenizo", le dicen frases amables: presencié que un niño le dirigió la palabra, así: "oh! mi buen amigo", y el perro buscó al niño, el niño lo agasajó y al recibir unas palmaditas en la nuca y oír la palabra adiós, "El Cenizo" siguió la dirección que traía. Un joven estuvo una temporada ausente de Caracas, y dos días después de su regreso, se apareció a la casa de su amigo, se le acercó, manifestó alegría, agitó su rabo, y después de breves instantes se alejaba de modo tal, que parecía revelar el propósito de su visita. Es comedido y culto especialmente.

Me ha referido un colega joven, alegre y dispuesto siempre a la vida del placer, que en

cierta ocasión él y dos amigos suyos, estaban en un Club y habiendo hecho una ganancia considerable, resolvieron celebrar la buena suerte con un paseo en automóvil, recorriendo la ciudad, sus sitios pintorescos y yendo a algunas casas de sus amistades. "El Cenizo" estaba en el Club, y cuando los tres amigos salieron y entraron al carruaje que habían hecho solicitar, entró también "El Cenizo" y siguió con ellos, los acompañó y abandonó el automóvil cuando sólo quedaba en él uno de los tres paseantes, y llegaba a su casa. Parece como que hubiera querido agradecer por modo explícito el obsequio recibido, y como que hubiera previsto que el chauffeur no convendría en continuar a su servicio.

Muchas cosas podría decir especialmente de "El Cenizo" y de su prestigio en Caracas: la policía le considera un elemento útil y goza de valiosos privilegios.

Indudablemente el perro es un animal de un instinto muy superior al de casi todos los demás animales. El insigne escritor Ziegler dice que después de largos experimentos, para él no hay duda alguna de que "los perros son capaces de un verdadero trabajo cerebral, con fenómenos de memoria, con hechos de atención y con relaciones ideológi-

cas", y agrega que sus perros verifican adiciones. El no menos célebre Edgar Poe, refiriéndose a un perro, afirma que "existe en el amor generoso y abnegado de un irracional algo que va directamente al corazón de aquel que haya tenido la ocasión de comprobar a menudo la ruin amistad y la lealtad tan deleznable del hombre". Byron creía que el mejor amigo que tenía era su perro. Efectivamente la amistad de un perro es leal y perseverante, y vamos a citar un hecho que así lo demuestra. El señor Einar Staal era un alemán muy estimable que vivía en Valencia, y fundó una botica en la esquina que hoy lleva el nombre de La Bandera Blanca. Allí vivía aquel hombre bueno y feliz, y tenía dos perros que le hacían compañía, y a los cuales quería y cuidaba con esmero, no siendo menos correspondido de los fieles animales. Aconteció que un íntimo amigo del señor Einar visitó la ciudad de Valencia, y queriendo hacer un magnífico regalo a su amigo, le ofreció uno de los dos perros, el cual recibió con gran satisfacción. Se ausentó con destino a Colombia el amigo del señor Einar y poco después de haber desembarcado en Barranquilla, el perro que había tenido que seguirle desapareció sin que lo hubiera podido encontrar. Trascurrido de

esto tres meses, estaba el señor Einar en Valencia, sentado en la silla de su escritorio, en actitud reflexiva, y observó que un perro desconocido, casi moribundo, había colocado las patas delanteras sobre el escritorio y le miraba sin apartar sus ojos de él: al fin reconoció el señor Einar que el animal que así le miraba era el perro que había regalado, y levantándose abrió los brazos y el animal haciendo un esfuerzo dió una vuelta, se volvió a poner de pies y abrió sus patas delanteras y abrazó a su amo, de cuyos ojos humedecidos por el llanto descendieron algunas lágrimas.

Montalvo en su Geometría Moral nos enseña cosas admirables de un perro célebre. Pío Baroja en "Zalacaín el Aventurero", nos cuenta que un perro se identificó tanto con su amo, que se hizo partícipe de sus gustos y con hechos demostraba que seguía al pie de la letra sus costumbres y tendencias. El presbítero Víctor Van Trich, en sus Obras Amenas, nos narra maravillas de algunos perros que con hechos demuestran que en ellos el instinto parece tener puntos de contacto con la inteligencia.

El perro sabe manifestar la nobleza de sentimientos de su corazón: sus ojos tienen ora la apacible, ora la ardiente expresión de

las ideas; en determinados momentos, dispone sus orejas hacia adelante, con donaire y arte, tratando de prepararse a constante observación, y convierte su cola en instrumento revelador de sus instintos.

Los perros han tenido siempre gran mérito para los apreciadores de su valor, de su lealtad y de sus útiles servicios. Alcibíades pagó por uno de sus perros de cacería la cantidad de 7.000 dracmas, o sean 5.500 bolívares.

El 3 de agosto de 1925 a las 9 y cuarto de la noche, en el Capitol principiaba la función de despedida de Caracas, de los aplaudidos folkloristas internacional, Wills y Escobar, a la cual fuí en unión de mi colega doctor Pedro M. Arreaza Alfaro y de mi sobrino Pedro Octavio. "El Cenizo" iba detrás de nosotros, entró al teatro, se colocó como escondido debajo de la silla ocupada por el señor Rafael Enrique Domínguez, de modo de no causar al ocupante ninguna molestia. Oía con atención los cantos y se fijó en la película en la cual aparecía un elefante de maravillosa inteligencia. Cuando la función terminó, el *primero* que se levantó y salió, fué "El Cenizo".

Cuenta mi colega doctor Luis Manuel García que "El Cenizo" es aficionado a los toros, y que cuando la corrida es mala y se forma alboroto y gritería, se sale del Circo.

Mi colega doctor Rafael Marcano Rodríguez afirma que "El Cenizo" agradece las demostraciones de cariño que recibe: refiere que el general Ignacio Pedroza, lo quería, que no pasaba cerca de él, sin llamarlo y agasajarlo: que enfermó el general Pedroza, y "El Cenizo" iba a la casa del enfermo, y el día del enterramiento del general, no se fué hasta que el cadáver salió para la Morada del Silencio.

De "El Cenizo" se cuentan cosas maravillosas e increíbles: sus hechos constituirán leyenda. Hay quien sostiene que un día hubo un banquete en una casa de familia donde "El Cenizo" a diario era obsequiado a la hora del almuerzo: ese día se le olvidó y "El Cenizo" penetró al jardín de la casa, cortó un ramito de no me olvides y regresó con él en la boca.

INDICE

INDICE